

Selección



RALPH BARBY

LA HIJA DEL BOSQUE


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

327 — Infierno, S. A., *Adam Surray*.
328 — Acosada por Satán, *Ralph Barby*.
329 — Entre tinieblas, *Lou Carrigan*.
330 — La noche es de los zombies, *Ralph Barby*.
331 — La casa hecha con sangre, *Clark Carrados*.

RALPH BARBY

LA HIJA DEL BOSQUE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 332
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 18.205 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Morris extendió su mano y movió su brazo diestro de izquierda a derecha como para abarcar todo el espléndido panorama que se extendía ante ellos.

—¿Qué os decía, no es maravilloso este lugar?

Los jóvenes, tres hombres y tres mujeres, siguieron con la mirada la mano de Monis cuyos ojos brillaban con entusiasmo.

Howard se peinó con los dedos sus abundantes y rubios cabellos, ahora azotados por el viento que resultaba fuerte allí en lo alto de la montaña, una montaña cuya ladera sur, frente a la que estaban encarados, tenía uña pendiente suave. Abundaba la hierba que el sol no conseguía quemar porque, al parecer, allí había más días nublados al año que luciendo el sol.

Por su parte, Lee observó el panorama a través del cristal protector de su casco.

—El lugar es bueno, sí, muy bueno —admitió.

Pheny miró hacia la gran masa oscura que se extendía a su derecha, hacia el sur y el sudoeste. Al otro lado, otras montañas cercaban el valle por cuyo centro serpenteaba un pequeño río que en ocasiones no era visible porque desaparecía entre la vegetación.

—Allí hay mucho arbolado. ¿No puede ser peligroso? —preguntó.

Morris, dispuesto a que todos aceptaran aquel lugar como muy bueno, le quitó importancia.

—Bah, el viento discurre con su mayor fuerza justo encima de la vertical del río. Fijaos que nos hallamos frente a lo más ancho del valle, se puede volar en círculo, planear y elevarse como si fuéramos cóndores andinos. Aquí, en un día de vientos favorables, podemos batir el récord del mundo de altura y permanencia de tiempo.

—Pero está nublado —objetó Rose.

—No tiene importancia —le replicó Morris—, son nubes altas que cubren el cielo pero no son de temer. Cuando Hueve aquí, por estas épocas del año, lo hace muy suavemente. No nos sorprenderá ninguna tormenta.

—Si llueve sobre el ala puede ser trágico —observó Pheny, encarada con el cielo que dejaba pasar la luz.

Al otro lado del bosque está la carretera; el jeep irá abajo a esperar, nos recogerá y nos volverá a traer aquí arriba.

—¿Y las zonas habitadas? —preguntó Carol.

—Están lejos —observó Morris—. Hay cinco granjas grandes; una de ellas, como ya sabéis, es la de mis tíos. Allí podemos ir cuando queramos, por supuesto que iremos a comer y a dormir. Hice un plano y saqué fotocopias Cada uno tendrá su propio plano por si se despista en el vuelo y aterriza donde menos espera, lejos de la carretera por ejemplo. No tendremos problemas y podemos pasar unos días estupendos.

—Pero el cielo no me gusta —insistió Pheny.

—Sí, ya sé que iría mejor un cielo limpio con un sol radiante. Quizá sople más viento esta noche y mañana lo tengamos.

—Si amaneciera un buen sol —dijo Howard— sí se calentaría el aire y podríamos hacer una buena marca en altitud y tiempo de permanencia de vuelo.

—Mañana podemos tener esa suerte, pero hoy tenemos un viento favorable a la horizontal. Saltando desde aquí, llegaremos con facilidad a la carretera.

—Yo no me tiro —objetó Rose. Pheny también se negó.

—Me presto a llevar el jeep hasta la carretera para recogeros.

—Lo que pasa es que tú eres una mariposa que quiere lucirse sólo delante de Ian —le reprochó Morris.

—No seas estúpido, Morris. Si quieres volar, hazlo tú, ya te veremos.

—Está bien. ¿Quién más me acompaña?

—Yo también probaré —dijo Lee—. El viento me parece suficientemente bueno. Howard se ofreció;

—Os ayudaré a preparar las cometas.

El jeep era grande, con ejes muy altos para trepar por las montañas aun siendo los caminos malos y llenos de piedras. Tras él, arrastraba un remolque. Aquél no era el único vehículo que llevaban; dos turismos con sendos remolques caravanas se habían quedado junto al caserío de los Brennan que eran los familiares de Morris.

Habían establecido su campamento junto al caserío y utilizaban el jeep para llegar a los lugares más apropiados para los lanzamientos, colgados debajo de las majestuosas y aparentemente endebles alas delta, de vivos colores.

Desempaquetaron las cometas de Morris y Lee; la del primero era de color naranja muy vivo y la de Lee parecía de un leopardo. Ambos se ajustaron bien sus cascos y se ciñeron las botas mientras les ayudaban. Las telas de las cometas ya comenzaban a vibrar como si tuvieran frío al notar el aire que las empujaba.

—Tú primero, Morris, yo te seguiré.

—De acuerdo. Ya sabes, la meta es la carretera. Cuando llegues a la altura del bosque, trata de elevarte hacia el sudeste y allí podrás descender en amplia espiral.

—Nosotros os vigilaremos y cuando os alejéis, bajaremos con el jeep hacia la carretera para recogeros.

—¿Controlamos el tiempo? —preguntó Rose.

—No, no es necesario, esta tarde sólo será un vuelo de prueba para coger forma y tomarle el tacto a este lugar. Si es muy bueno, el próximo año podríamos organizar una competición aquí, pero ya hablaremos de eso. ¡Chao!

Morris, sujetado a la barrera eje del ala delta, asiéndola también con sus manos, echó a correr hacia el borde donde comenzaba la pendiente.

Al llegar justo adonde terminaba la pequeña planicie en la que se hallaba,

dio un fuerte impulso como si se dispusiera a saltar una barrera de considerable altura.

Dejó de tocar suelo y toda la luminosidad de color naranja se fue hacia abajo por unos instantes, apenas unos segundos.

Morris no era ningún novato en aquel tipo de vuelo y encogió las piernas sin tocar suelo. Se inclinó los grados justos hacia adelante y el ala cogió el aire suficiente, hinchándose. La tela se tensó, elevándose.

—¡ Bravo! —gritaron desde lo alto sus compañeros.

La gran cometa naranja, dominada por Morris, emprendió un vuelo majestuoso

—Ahora te toca a ti —le dijo Carol a Lee.

—¡¡Ooooiiiii!!

Lee echó a correr lanzando su grito de guerra y el inicio del vuelo lo consiguió más limpiamente que su predecesor, pues apenas descendió dos o tres metros antes de volver a elevarse, quizá porque su cometa recogió una buena ráfaga de aire en aquellos instantes.

—¡Fijaos qué rápidos van! —observó Rose.

—Sí, van muy rápidos, por el centro del valle el viento es fuerte. Creo que será mejor que vayamos a buscarlos o se van a aburrir esperándonos, porque llegarán mucho antes que nosotros.

Howard se puso al volante del jeep mientras las dos cometas volaban muy distanciadas una de otra a causa del viento que barría el valle y que no permitía hacer piruetas.

Las tres chicas subieron también al vehículo que arrancó dando la vuelta en la pequeña planicie, arrastrando el remolque que portaba sus equipos deportivos.

—Eh, mirad, allí se ve a Morris —indicó Rose. Por su parte, Carol objetó;

—No veo a Lee.

Ya el jeep, dando saltos, descendía de la colina por un tortuoso camino forestal que tras muchas vueltas habría de llevarles a la carretera.

Las tupidas nubes que cubrían todo el cielo no dejaban ver su color azul mientras unas ráfagas intermitentes de viento que venía del norte agitaban los cañizales y hierbajos, pues el valle no estaba cultivado, se dejaba para pastos.

Lee notó que una fuerte ráfaga de viento le desviaba hacia el sudoeste en vez de hacia el sudeste como deseaba para seguir la trayectoria de Morris que parecía conocer muy bien el valle.

Inclinó todo su cuerpo hacia la izquierda de la barra, mas no logró vencer al viento que dominó a la cometa. Lo que sí consiguió fue conservar la estabilidad, pues estuvo a punto de que le diera la vuelta por completo, lo que habría resultado mortal.

Comprendió que se hallaba en peligro. Perdiendo altura se fue hacia la masa verde oscura del bosque.

Deseó que los árboles no tuvieran mucha altura, porque si tropezaba con sus copas y luego caía en picado al suelo, iba a tener problemas. Debía haber

pensado que aquella hora de la tarde no era precisamente la mejor para practicar el deporte del vuelo en ala delta.

Los deportistas tenían que adquirir la mentalidad de las grandes aves planeadoras que al atardecer se retiraban y aguardaban hasta el día siguiente, a que saliera el sol y calentara el aire para elevarse sin esfuerzo.

Pese a que levantó las piernas, rozó con las botas las ramas altas de los grandes robles y pinos rojos. No había tiempo para pensar, las copas de los árboles pasaban veloces bajo sus pies.

Lee hacía todo lo que podía para volver a elevarse y librarse así de la caída que parecía inminente, pero el viento no le ayudaba y volaba ya tan pegado sobre las copas de los árboles de cambiantes verdes que oscurecían con rapidez, que se daba cuenta de que no iba a conseguirlo.

Aquella situación era como ir montado en una motocicleta y haber perdido el control de la misma mientras se rodaba por la pendiente de un barranco.

El viento, en vez de empujarle por debajo, lo hacía por encima, aplastando la cometa contra la tierra. Al ver un claro dentro del umbrío bosque. Lee no se lo pensó dos veces y se inclinó hacia adelante para hacer picar la cometa.

Descendió, descubriendo de pronto y ya demasiado tarde para esquivarla, algo que le pareció una estatua. No había tiempo para evitar el choque contra la estatua que había aparecido ante él y por instinto colocó sus pies por delante, bien protegidos por las botas.

Las rodillas actuaron de muelles; pese a ello, el golpe fue duro. La estatua cedió y Lee se fue al suelo cubierto por la cometa.

Cualquiera que le hubiese visto en aquellos momentos habría pensado que se trataba de una gigantesca mariposa con un colorido en sus alas similar al de la piel de un leopardo, una gigantesca mariposa caída.

Lee se quedó quieto durante unos segundos, como preguntándose si se habla matado o seguía en el mundo de los vivos. Notó la hierba y un fortísimo dolor en su pie derecho que le hizo rechinar los dientes.

—Maldita sea... ¿Me habré roto el pie?

Salió de debajo de la cometa arrastrándose, se sentó en el suelo y tuvo la impresión de que oscurecía muy rápidamente. Encogió la pierna izquierda y se palpó el tobillo, notando agudos dolores.

—Parece que no está roto —se dijo.

Su rostro expresaba dolor. Se puso en pie y cuando quiso apoyar el pie en el suelo, volvió a sentir un fuerte pinchazo.

—Ahora veremos cómo me encuentran aquí —gruñó.

Empujó la cometa tratando de plegarla y dejarla sujeta por si había que abandonarla allí hasta que pudieran pasar a recogerla. Entonces, se fijó en la estatua con que se había tropezado en su caída.

Era una estatua de mármol de tamaño natural que había estado sobre un pequeño pedestal del que ahora se hallaba separada. En la caída, los pies de la figura femenina se habían desprendido y el pedestal también se hallaba volcado, dejando al descubierto el lugar donde había estado emplazado.

Por su aspecto, aquella estatua tenía mucho tiempo, no era una escultura nueva, podía verse por el color del mármol.

Lee se olvidó unos instantes de su cojera y silbó con admiración.

—Eres una chica muy guapa, lástima que seas de mármol, porque si fueras de verdad me quedaba en el bosque contigo.

Intentó un movimiento para marcharse, pero se notó más dolorido del pie.

—Por todos los demonios, espero que me encuentren aquí, aunque el bosque es grande. Tenía que haberme traído el walky-talky.

Como le dolía mucho el pie y pensaba que debería esperar un buen rato antes de que comenzaran a buscarle, si es que le buscaban, se sentó junto a la escultura caída, muy cerca de ella, como atraído por la figura femenina de color blanco azulado, una figura fría a la que acercó su mano y le fue acariciando.

—¿Qué haces tú aquí sola en el bosque? —Se rió, como olvidándose de sus dolores y de su mala suerte—. ¿No sabes que si te encuentras a solas con un malvado en el bosque te pueden ocurrir cosas divertidas?

Volvió a reírse mientras le acariciaba los muslos, el vientre, subiendo sus manos hacia los redondos senos. Sentía un morboso placer en aquellas caricias a la estatua.

—Si fueras de carne y hueso, sería otra cosa. La verdad es que te hicieron muy hermosa. ¿Quién te esculpió y por qué te dejó aquí, sola en el bosque?

Quiso ver la firma o las inscripciones del pedestal, sintió una repentina curiosidad.

Al inclinarse, se dio cuenta de pronto de que su pie estaba encerrado entre el pliegue del codo y el cuerpo de la estatua. Se quedó un poco perplejo, preguntándose a sí mismo cómo había metido su pie, bota incluida, por aquel agujero tan pequeño. Hizo girar la pierna para sacar el pie encerrado, mas no lo consiguió.

—Qué raro. ¿Me estaré volviendo idiota?

Se puso en pie sobre su tobillo herido. Tambaleándose, trató de sacar el pie de entre la figura femenina, mas no tuvo suerte. Dio una fuerte sacudida y se percató de que la estatua pesaba lo suyo.

—¡Maldita sea, pues te partiré el brazo!

Furioso mientras iba oscureciendo rápidamente, quizá porque el cielo estaba encapotado, comenzó a golpear con su puño el brazo marmóreo que no cedió, los puñetazos del hombre no lo perjudicaron en absoluto.

Lee, irritado, buscó en derredor una piedra para golpear el brazo que le había atrapado como si fuera un cepo. No encontró más piedra que el propio pedestal del que la escultura se había desprendido.

Alargó su mano para tratar de coger el pedestal y constato que era más pesado de lo que había previsto, no le servía para romper el brazo de la escultura.

—No es posible... Yo no he metido el pie aquí dentro y ella, ella es de mármol, no se ha podido mover. ¿Estaré soñando, me habrá afectado la caída?

Si llevo casco...

Sé palpó el casco protector como buscando alguna abolladura y optó por quitársela para revisarlo con la vista y palparse la cabeza mientras la luz se hacía más y más tenue.

—No me ha pasado nada, no me ha pasado nada y ¿por qué diablos no puedo quitar el pie, cómo puñetas lo he puesto aquí dentro?

Se inclinó sobre la bota y quitó primero la correa de seguridad. Fue soltando el cordón, la abrió y trató de quitar el pie de su interior; sin embargo, el brazo semejaba haberse cerrado más contra el cuerpo y el pie no salía, por más sacudidas que Lee daba en su obsesión por escapar, olvidándose del dolor del otro pie herido en la caída.

Lee comenzó a sentir frío, un frío que tenía más que ver con el miedo que con el ambiente. El aire dejó de soplar y al poto, las hojas, las hierbas, los abundantes arbustos del bosque que daban la impresión de haber sido recortados como setos lustros atrás, comenzaron a perlarse con gotitas finas que más que un rocío era una lluvia finísima que comenzaba a caer.

—¡Maldita, maldita!

Levantó su puño amenazadoramente, fijándose en el rostro de la escultura.

No supo si es que la lluvia le estaba mojando los ojos o que lo que estaba viendo era una realidad fantásticamente tétrica: La figura abrió los ojos...

CAPITULO II

—¡¡Lee, Lee!!

Le estuvieron llamando por todo el bosque, bajo la lluvia.

Iban de un lado a otro bajo las copas de los árboles que daban aún mas oscuridad a la noche, una noche fría y lluviosa, aunque por encima de las nubes, fuera del alcance de los ojos, una magnífica luna brillaba en el firmamento.

—El bosque es mucho más grande de lo que parece —observó Morris—. Será mejor esperar a mañana.

—¿Y le vamos a dejar solo? —preguntó Carol.

—A mí me parece que podríamos buscar un poco más —propuso Pheny.

—Morris tiene razón, es muy grande y no se oye nada; si estuviera por ahí, estaría gritando —opinó Howard.

Pheny preguntó:

—¿Llevaba linterna?

Todos se encogieron de hombros; era difícil verse entre sí. Rose dijo:

—No le hemos visto caer, podría estar herido y si lo está y se moja, puede ser fatal.

—Está bien, sigamos buscándole —aceptó Morris.

Siguieron avanzando, protegiéndose de la lluvia con los impermeables e iluminándose con las linternas que Morris y Howard cubrían con plásticos.

—¡Allí se mueve algo, se ha movido algo! —gritó Pheny.

Enfocaron las linternas hacia donde había indicado Pheny y por encima de unos arbustos vieron algo que les llamó la atención. Se acercaron y Morris gritó:

—¡Es la cometa!

—Sí, es su ala delta —ratificó Carol, corriendo hacia ella.

Habían llegado al claro del bosque. Una ráfaga de aire había empujado el ala delta contra un árbol donde había quedado enganchada.

—¡ Aquí está, aquí está! —gritó Rose.

Howard iluminó el cuerpo de Lee tendido sobre la hierba llena de agua. El casco estaba en el suelo, cerca de él.

De pronto, Rose lanzó un penetrante chillido, un chillido que expresaba horror y espanto.

Rodearon el cuerpo de Lee y Howard, mordiendo las palabras, gruñó:

—Tiene la cara machacada, ha tenido que darse un golpe horrible.

Morris envió el haz de luz de su linterna hacia el pedestal marmóreo que estaba muy cerca del cuerpo de Lee que yacía inmóvil para siempre.

Pheny se acercó al pedestal y pudo observar:

—Ha tenido que darse contra él, lo ha sacado de su sitio. Fijaos, aquí está la huella del lugar que antes ocupaba el pedestal.

—Dios mío, Dios mío —sollozó Rose, sin querer mirar el cadáver. Carol,

furiosa contra Morris, le increpó.

—¿Y tú decías que era el mejor lugar para planear?

—Yo, yo no podía imaginar que iba a aterrizar en mitad del bosque, dándose de cara contra una piedra —balbuceó Morris.

—Nadie tiene la culpa —intervino Pheny—, esto ha sido un accidente. Este deporte es muy arriesgado, Lee no es el primero que muere en un aterrizaje y tampoco será el último. El vuelo con el ala delta es maravilloso pero tiene sus riesgos.

—Como las carreras en moto, en coche o a caballo —replicó Morris que se sentía como obligado a quitarse responsabilidades de encima.

—¿Qué hacemos ahora? —musitó Carol.

—Hay que avisar a la policía, creo que es lo correcto.

—No podemos dejarle aquí, solo bajo la lluvia; pueden venir lobos a comérselo —siguió sollozando Rose.

Howard propuso:

—Podríamos llevarlo a casa de los tíos de Morris.

—No tenemos parihuelas —rechazó Morris—. Además, la policía es muy quisquillosa y querrá ver el cadáver en el lugar de los hechos. Ha sido un desgraciado accidente, pero es la justicia quien debe determinarlo, nos podríamos meter en un buen lío.

—Pero no podemos dejarlo solo aquí...

—Alguien ha de quedarse a custodiarlo y los demás iremos a casa de mis tíos. Desde allí avisaremos a la policía para que venga a levantar el cuerpo.

—¿Y quién se va a quedar? —preguntó Howard. Todos le miraron; fue Morris quien respondió:

—Tú eres el más indicado. Yo iré a casa de mis tíos y desde allí daremos aviso para que vengan aquí.

—Yo no tengo ganas de quedarme solo aquí —gruñó Howard.

—Pero alguien se ha de quedar —gimoteó Rose.

—Es cierto —asintió Morris—, alguien tiene que quedarse, la policía no tardará más de dos o tres horas en estar aquí.

—Dos o tres horas que pueden convertirse en cuatro o cinco y lloviendo... —Miró el cuerpo caído de Lee y añadió—: Después de todo, ya no puede pasarle nada peor.

—¿Dejarás que lo muerdan las alimañas? —le recriminó Rose.

—¿Por qué culparme a mí? —Se enfureció Howard—. ¿Acaso soy yo el responsable de lo ocurrido?

—Yo te acompañaré —se ofreció Pheny, una joven alta y delgada pero de formas muy definidas.

—Bueno, pues ya no estarás sólo —concluyó Morris, agregando—: Vámonos, así daremos aviso cuánto antes.

Rose y Carol no se hicieron repetir la orden dos veces y echaron a caminar junto a Morris.

Howard, pese a la compañía de Pheny, gritó a su compañero:

—¿Sabrás encontrar de nuevo este sitio?

—Sí, no te preocupes.

Pronto la luz de Morris se perdió en el bosque. Howard miró a su alrededor, inquieto, y terminó comentando:

—Lee está muerto, pero nosotros vivos aún. ¿Qué te parece si nos protegemos bajo el ala?

—Me parece buena idea.

Fueron hacia el árbol y separaron de él la cometa que colocaron de forma que pareciera una tienda de campaña.

—¿Tienes frío? —preguntó Howard.

—No, sólo tengo los pies un poco mojados.

—No nos vamos a escapar de un resfriado.

—Debajo de la cometa no nos cae la lluvia.

—Sí, pero como ya estamos un poco mojados...

La lluvia no era torrencial y el viento estaba calmado, lo que hacía más soportable la situación.

Lee continuaba en el suelo; el casco estaba cerca de él y destacando en la oscuridad, el pedestal de mármol caído.

—Tenemos luz de luna pese a las nubes —observó Pheny por decir algo. Las horas se iban a hacer largas en aquella situación.

—Sí, hay una buena luna y da al bosque un aspecto fantasmal.

Howard había apagado la linterna para reservar las pilas por si eran necesarias en otra ocasión. No podía mantener durante todo el tiempo la luz encendida porque habría consumido muy pronto el poder de las pilas.

—Bajo los árboles apenas se ve nada, pero en este claro entra bastante luz pese a ser de noche y estar encapotado.

—No sé por qué pero no rae gusta este lugar.

—A mi tampoco —admitió Pheny—. Supongo que es la noche, la lluvia y, por encima de todo, la muerte de Lee. Ha sido todo tan inesperado, tan desagradable...

—Los accidentes suelen ser siempre sorpresivos, incluso cuando se practican deportes arriesgados. La verdad es que no sé por qué queremos convenimos en pájaros cuando somos homo sapiens.

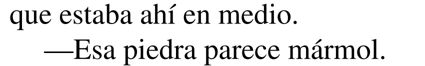
—Sí, pero hemos demostrado que somos capaces de volar sin motor, con una tela y unas varillas sirviendo de armazón, imitando a las aves. A mí me gusta mucho volar con la cometa, pero estamos expuestos a accidentes como en otros deportes.

—Quizá un poco más —objetó Howard.

—Sí, pero el placer que se siente cuando se está volando suspendido de la cometa gigante es difícilmente igualable.

—Eso es cierto. En fin, ya veremos qué dice la policía.

—Ha sido un desafortunado golpe de viento. En vez de seguir a Morris hacia la carretera. Lee ha caído en el bosque. Ha visto este claro, se ha precipitado hacia él y ha tenido la desgracia de darse contra esa maldita piedra


que estaba ahí en medio.

—Esa piedra parece mármol.

—Sí, eso me ha parecido a mí también,

—¿Y qué hará esa piedra ahí?

—No se —dijo Pheny, encogiéndose de hombros—. ¿Será un mojón?

—Puede ser, quizá marque el límite de una propiedad forestal, aunque no parece que nadie se ocupe de este bosque; no lo desbrozan ni lo limpian. Se podría sacar una buena cantidad de leña para chimeneas-hogar.

—Es verdad, quizá nadie haya pensado en ello.

Howard rebuscó en sus bolsillos, siempre protegidos ambos bajo el ala delta.

—¿Quieres fumar?

—Sí un cigarrillo me ayudará a pasar el tiempo.

—La verdad, Pheny, no soy un hombre cobarde o por lo menos no creo serlo, pero aquí hay un mal ambiente.

—¿Por eso no querías quedarte solo?

—Sí; ahora, puedes reírte de mí si lo deseas.

—¿Reírme, por qué?

—Por lo que te he dicho —respondió Howard, encendiendo los cigarrillos.

Pheny chupó con fuerza el humo del tabaco y se sintió algo mejor; temía que se le enfriaran los pies.

—Lo que tú tratas de decir es que este bosque tiene algo de espectral, ¿no es cierto?

—Si —Howard aspiró con fuerza su pitillo cuya punta brilló roja en la noche mientras el agua apenas repiqueteaba sobre la tela del ala delta bajo la cual se hallaban cobijados.

—Es culpa de la luz de la luna que traspasa las nubes.

—Sí, pero es algo más, quizá sea su abandono y también da la impresión como si este lugar hubiera sido antiguamente un parque, un parque cuidado.

—No me he dado cuenta de ello.

—No sé, es una impresión. Hay algo aquí que no me gusta; si fuera un gato, creo que se me hubieran puesto los pelos de punta.

Pheny tuvo intención de sonreír, pero no lo consiguió. No supo si era debido al frío, a la muerte de Lee, a la presencia del cadáver como a diez o quince pasos de donde ellos estaban o a algo más que, como sugería Howard, flotaba en el ambiente.

—Pheny, Pheny...

—¿Qué?

—¿Has visto?

—¿El qué?

—Allí, allí, al otro lado, junto a aquellos árboles...

—No veo nada. Bueno, los arbustos oscuros, apenas se distingue nada.

—¿No has visto algo blanquecino?

—No.

—Pues... —se calló unos instantes—. No sé, me ha parecido.

—Puede ser la lluvia o el humo del cigarrillo.

—Quizá.

Pheny le observó de reojo; comenzaba a pensar que Howard estaba resultando demasiado cobardón y le parecía raro, pues lanzándose con el ala delta al espacio había demostrado no sólo ser valiente Sino también muy responsable.

Le gustaba volar, pero no buscaba el peligro tontamente como sí en ocasiones Morris y también Lee.

Pasaron los minutos y los cigarrillos se consumieron. La lluvia cesó poco a poco, como pasando desapercibida. Ya no caía agua, pero todo estaba mojado.

Pheny y Howard se sentían mejor debato de la gran cometa estampada en dibujos, simulando la piel de un leopardo.

De pronto, Pheny tuvo la impresión de oír algo, algo que le pareció una risa contenida, una risa femenina. Volvió a mirar a Howard, preguntándose si es que sus oídos la traicionaban o es que el hombre también escuchaba lo mismo.

Howard estaba muy quieto, con las mandíbulas apretadas como un lobo al acecho.

—¿Lo has oído, Howard?

—Sí.

—¿Qué, qué puede ser?

—No lo sé, pero me ha parecido una risa de mujer joven.

—A mí también me lo ha parecido.

—Es absurdo, ¿verdad?

—Creo, Howard, que la noche, la situación, nos está jugando una mala pasada. Si no estuviera el cadáver de Lee ahí tendido, empapado de agua...

—La lluvia ha lavado sus heridas. —Suspiró—. Sí, creo que estamos algo nerviosos.

—¿Crees que el miedo se contagia?

—Eso dicen, pero si lo dices por mí te responderé que nunca antes he tenido miedo. Lo que ocurre es que aquí hay algo que no me gusta y no sé cómo explicarlo. Quizá sea que en este paraje ha hallado la muerte nuestro amigo Lee que hace tan sólo unas horas hablaba con nosotros de divertirse. Cualquiera podría estar ahora en su lugar, ahí tendido.

—Quizá, quizá se trate de algún animal del bosque... —sugirió Pheny, tragando saliva.

—¿Un animal, como una lechuza?

—¿Puede ser?

—No sé, creo que no. Hacen otro mido.

—Lo que nos haría falta aquí es un poco de música, pero todo ha sido tan precipitado... Mientras no tarden mucho en llegar.

—Creo que Morris ha sido muy optimista al decir dos o tres horas.

—Sí, es posible. Primero tiene que avisar, pero ¿hay teléfono en la granja?

—Supongo que sí; si no, Morris lo habría dicho.

—Es cierto; sin embargo... —Pheny prefirió no añadir lo que pensaba.

De pronto, Howard saltó hacia adelante saliendo del amparo del ala delta.

—¡ Howard!

—¡Espera, ya la he visto!

Antes de que Pheny pudiera decidir entre si seguirle o no, el joven se alejo con rápidas y largas zancadas.

—Eh, eh, ¿qué hace ahí?

Howard se encaró con uno de los setos y de pronto descubrió algo que le dejó tan parado que él mismo parecía una estatua.

La sangre semejó helársele en las venas y comenzó a retroceder despacio. Bruscamente, echó a correr.

—¡Howard. Howard! —llamó Pheny saliendo de debajo de la cometa.

Ya era tarde, Howard había desaparecido por el interior del bosque, corriendo como perseguido por el diablo.

Pheny, desconcertada, se dio cuenta de que ya era tarde para perseguirlo, lo había perdido de vista. En su despavorida huida, Howard no había gritado ni había dicho nada. Se había olvidado totalmente de Pheny, dejándola sola cerca del cadáver de Lee.

Despacio, atemorizada pese a no querer reconocerlo, Pheny miró en dirección al arbusto al que se había dirigido Howard antes de salir corriendo con un miedo que podía calificarse de cobardía.

Pheny no vio nada pese a que todo el claro del bosque se iluminaba con aquella claridad lechosa que procedente de la luna conseguía traspasar el cielo encapotado.

Sintió que algo extraño y desagradable se había apoderado del lugar y poco a poco, se fue metiendo debajo de la gran cometa. Se acuclilló, olvidándose del frío de sus pies porque toda ella comenzaba a helarse y sus dientes comenzaron a castañetearle mientras los minutos transcurrían lenta y desesperadamente.

A Pheny, aquella noche se le iba a hacer eterna y no sabía por qué. Howard sí debía saberlo cuando había huido dejándola sola donde él mismo creía que había peligro.

CAPITULO III

Ian Freeman avanzaba por la carretera pilotando su potente moto de trial. Los gruesos tacos que formaban el dibujo de los neumáticos se agarraban muy bien a la tortuosa carretera comarcal y rebasaban los baches sin problemas. No era una motocicleta para alcanzar altas velocidades sobre el asfalto, pero era .capaz de ascender por las montañas más empinadas y a una buena velocidad.

A Ian Freeman le gustaba el deporte de la motocicleta todo terreno; le daba una gran sensación de libertad, aunque admitía que el ruido de su máquina resultaba molesto para los habitantes de los bosques.

Mientras el faro de su potente máquina se abría paso, casi al borde de la amanecida, observó el haz de luz de otros faros que le ganaban terreno por la espalda.

El automóvil hizo intención de adelantarle dando flashes cortos de luz larga, mas Ian Freeman, que confiaba en la potencia de su máquina, lo que hizo fue acelerar.

Sabía que con aquella moto no iba a rebasar los ciento cincuenta kilómetros hora, pero poseía la ventaja de que por más baches que le salieran por delante los rebasaría sin problemas. Incluso, en un momento dado, podría tomar atajos si le interesaba, aunque no pensaba hacerlo porque todavía no conocía aquella región.

No venia nadie en contra y lo que hacía Ian no causaba ningún problema a quienes le seguían porque podían limitarse a mantener la velocidad tras él sin necesidad de rebasarle, ya que circulaba a buena velocidad sobre el asfalto oscuro y ligeramente húmedo.

Sin embargo, el automóvil que le seguía comenzó a hacer sonar de pronto una sirena y el motorista comprendió que se trataba de la policía o de algún servicio público.

Miró por el espejo retrovisor y además de los faros vio una luz centelleante sobre la carrocería del vehículo que le seguía. Cívicamente, aminoró la marcha.

El coche, haciendo sonar su sirena y centelleando la luz que llevaba sobre el techo, le rebasó. Tras él iba un furgón también policial, otro automóvil y finalmente una ambulancia. Era toda una caravana c Ian frunció el ceño, pues sabía que por aquella zona sólo había granjas ganaderas.

Circulando tras la ambulancia, sin perder de vista sus luces de posición, llegó al caserío de los Brennan cuando el horizonte clareaba por el Este pese a haber un ciclo encapotado.

Se detuvieron todos frente al caserío de los Brennan. Ian detuvo también su máquina, viendo cómo descendían los agentes de la autoridad, tres de ellos vestidos de civil y los demás de uniforme. Uno de los civiles se volvió, encarándose con Ian Freeman.

—¿Qué hace usted aquí?

—He venido a reunirme con mis compañeros.

—¿Es usted uno de esos deportistas que quieren volar como los pájaros?

—Sí.

—¿Cómo se llama? Su identificación, por favor.

—Sí, cómo no.

Mostró su documentación sin sacarla de la billetera. El inspector de la policía le dio un vistazo a la ligera claridad de la amanecida y asintió.

—Está bien. ¿Qué sabe de lo ocurrido?

—¿Yo? Pero ¿ha ocurrido algo?

—No pensará que estamos aquí para pasear.

—Acabo de llegar como ustedes, ya lo han visto.

—¿No estaba antes?

—No, claro que no, pero ¿qué ha pasado? —insistió.

Sin responderle, el inspector se alejó en dirección a los demás.

Morris, Carol y Rose salieron de la casa, sus rostros estaban demacrados. Junto a ellos aparecieron también un hombre y una mujer que avanzaban hacia la vejez: quizá no hacía mucho que habían cumplido el medio siglo, pero su aspecto era de cansancio.

—¡Ian, Ian!

Rose corrió hacia él y también Carol. Todos los policías vieron cómo el motorista quedaba abrazado por las dos chicas.

—¿Qué ha pasado?

Morris, cercado ya por la policía, aclaró en voz alta:

—Lee se ha estrellado con su cometa.

—¿Muerto?

—Sí. Howard y Pheny se han quedado junto al cadáver, han pasado la noche allí mientras nosotros veníamos hasta aquí para avisar a la policía de lo ocurrido.

—Han hecho bien de no tocar el cadáver. —observó un hombre de sienes plateadas que resultó ser el juez.

El comisario dio unas órdenes rápidas y concretas. Dos camilleros sacaron la camilla de la ambulancia y todos echaron a andar.

—¿Se puede ir en coche? —preguntó el juez.

—No, es por el interior del bosque.

—Yo prefiero quedarme —musitó Rose.

—Y yo también —añadió Carol.

—Pueden quedarse, pero no se muevan de aquí —les dijo el comisario mientras los dos agentes que se quedaban al cuidado de los vehículos lanzaban una ojeada a las chicas.

Iniciaron la marcha. Morris hacía de guía; en ocasiones dudaba y los policías le miraban, impacientes.

—Es que hay tantas veredas... El bosque es más grande de lo que parece y es muy espeso, no suele pasar nadie por aquí.

Siguieron avanzando. Ian se puso a la altura de Morris y le preguntó:

—¿Cómo ha sido?

—Yo me he lanzado primero y él ha tratado de seguirme, pero hacía viento. Fue antes de que lloviera. Se desvió hacia el bosque y cayó, yo no lo vi porque volaba hacia la carretera donde aterricé.

—¿Muerte instantánea?

—Sí, ha debido de chocar con la cabeza; no comprendo cómo el casco no le protegió.

—¿Lo llevaba puesto?

—Eso parece, porque estaba en el suelo, cerca del cadáver.

—¿Falta mucho? —inquirió el comisario después de que hubieran estado caminando más de media hora.

—No, no creo que falte mucho.

—¡Comisario, ahí veo algo! —gritó uno de los agentes.

—¡Sí, es ahí! —Morris echó a correr.

Llegaron al claro del bosque en cuyo centro estaba el pedestal marmóreo caído. Junto a él yacía el cadáver de Lee al que se dirigieron el juez y el comisario seguidos por unos agentes. Los camilleros iban un poco rezagados.

—¿Y Pheny? —preguntó Ian.

Dos agentes se dirigieron hacia la cometa. La levantaron en parte y bajo ella descubrieron el cuerpo de la joven. Ian corrió hacia ella.

—Pheny, Pheny... ¿Te ocurre algo?

—Parece dormida —dijo uno de los agentes.

—¿Le ocurre algo a la señorita? —preguntó el comisario que se hallaba junto al juez, cerca del cadáver.

—No, no. comisario, sólo está dormida —observó uno de los policías. Ian la estrechó un poco contra sí.

—¿Cómo te sientes, Pheny?

—No sé, no sé, estoy rara... Me he dormido, ¿verdad?

—No ha sido culpa mía tardar tanto, la policía se ha retrasado —dijo Morris, disculpándose—. ¿Y Howard?

—¿Howard?

—Sí, Howard —insistió Morris.

—No sé, se marchó, me dejó sola.

Ian miro interrogante y con el ceño fruncido a Morris que se creyó obligado a explicar:

—Howard se quedó con ella, tenía que esperar aquí a que viniéramos.

—¿Y por qué se ha largado? —inquirió Ian que inspiraba sensación de fuerza con la chaqueta negra de cuero con que cubría su amplio tórax.

—No sé por qué se marchó y me dejó sola aquí con la cometa y Lee, el pobre Lee. ¿Me cogió frío y me dormí.

Ian se quitó la cazadora de cuero impregnada del calor viril de su cuerpo y cubrió con ella a la muchacha.

—¿Alguien tiene un trago de whisky por ahí? —preguntó después en voz

muy alta, encarándose con los policías.

Todos se quedaron quietos menos uno de los camilleros que sacó de Su bolsillo una botella de petaca y se acercó a Pheny.

—¿Se encuentra mal? —interrogó.

—No. no. pero tengo mucho frío.

El camillero quitó el tapón de la botella y se la tendió a Pheny que se la acercó a los labios y bebió del gollete, tosiendo después.

—Verá cómo se siente mejor.

El juez, tras visualizar el cadáver y observar la piedra, comentó:

—La lluvia la habrá lavado, ¿no?

—Sí —aceptó el comisario. Mirando hacia la cometa caída, rezongó—: Esas cometas son un peligro, deberían estar prohibidas.

Ian replicó:

—Pues prohíba también el tráfico dominguero, comisario. El comisario lanzó un gruñido.

Un agente vació de agua el casco de Lee mientras colocaban el cadáver en la camilla tras tomarle varias fotografías.

Los camilleros fueron ayudados por agentes para el transporte del cadáver. Allí no quedaba más que el pedestal, pues Morris se encargó de plegar la cometa, atarla y cargar con ella mientras Ian ayudaba a Pheny que se sentía como entumecida y adormilada.

—Tendrás que tomar un baño caliente y un vaso de leche con coñac y luego, a la cama unas horas. Veremos si te escapas de la pulmonía.

—No, no me pasará nada, Ian, soy muy resistente.

Deshicieron el camino por el bosque y llegaron a la granja de los Brennan que cuidaban ovejas. El matrimonio permanecía ceñudo, sin pronunciar palabra.

—Quiero tomarles declaración; luego, dentro de unos días, se les citará —advirtió el comisario.

Las declaraciones coincidían totalmente y el juez, en voz baja, gruñó:

—Un desgraciado accidente, un muchacho tan joven... Debería haber más vigilancia en este deporte.

—Haría falta un técnico que determinara si la hora era adecuada para el vuelo, si la cometa estaba en condiciones, sí el viento o la lluvia han podido influir en el accidente.

Las portezuelas de la ambulancia se cerraron y la caravana judicial se alejó de la granja tras advertir el comisario que cuando apareciera Howard se pasase por el puesto de policía para hacer su declaración.

—¿Y dónde diablos está Howard? —inquirió Ian.

—No lo sé, en las caravanas no está. Quizá se ha perdido en el bosque, tendremos que buscarlo.

Rose salió de la casa y explicó:

—Pheny está mejor, pero un poco rara.

—¿Cómo quieres que este después de la noche que ha pasado? —preguntó

Ian, irritado—. A Howard tengo que decirle cuatro cosas.

—¡Morris! —interpeló el granjero Brennan desde la puerta del amplísimo establo donde encerraba a sus ovejas.

—¿Qué pasa, tío?

—Tu amigo está ahí dentro.

Morris y Ian se miraron entre sí y después se dirigieron rápidamente hacia el establo cuya puerta se hallaba abierta.

En aquel momento arribaron dos hombres gruesos de mejillas rojas, montados sobre velomotores muy ruidosos. No parecían individuos precisamente cultos ni excesivamente despiertos.

—Esperad un momento, ahora sacaréis el ganado —les dijo el granjero Brennan a los pastores que detuvieron sus respectivos velomotores y se acercaron para observar la potente motocicleta de trial propiedad de Ian Freeman.

Howard estaba amodorrado, tumbado sobre un montón de heno. Estaba mojado y apestaba a whisky; junto a él había una botella grande vacía.

—No sabía que fuera tan cobarde —gruñó Morris.

Ian lo cogió por las solapas de la cazadora y lo sacudió.

—¿Qué haces aquí?

—Hum, hum —respondió, aturdido.

—Déjalo, Ian, todavía está con la borrachera — dijo Morris—. Habrá que dejarle dormir unas horas más. Mejor le quitamos la ropa mojada y le ponemos unas mantas encima. Cuando despierte ya tendrá tiempo de ducharse.

—Sí, será lo mejor.

Lo soltó; Howard rodó, quedándose dormido de nuevo.

—Ya habrá tiempo para recriminarle su actitud —opinó Morris. Mirando hacia su tío que se hallaba en la puerta, le preguntó—: ¿Dónde hay mantas viejas?

—Ahí, a tu derecha.

El propio Morris le quitó a Howard la cazadora, la camisa, las botas y los calcetines.

—¡Eh, vosotros, ya podéis sacar a las ovejas para pastar! —gritó Brennan.

Los dos pastores sacaron a las ovejas que balaban ruidosamente, ofreciendo una imagen bucólica. Cuando las ovejas se hubieron alejado en busca de sabroso pasto que comer, el maduro Brennan se acercó a Ian y a su sobrino Morris y preguntó:

—¿Habéis encontrado la estatua?

—¿La estatua? Ah, sí, la estatua. Pues no, no la hemos visto —respondió Morris.

—¿Qué estatua? —quiso saber Ian Freeman.

—Dice mi tío que sobre ese pedestal contra el que Lee se partió la cara había una escultura de mujer que por lo visto ha desaparecido.

—Ha estado ahí siempre —observó Brennan, siempre ceñudo.

—Si era bonita, quizá alguien la ha descubierto y se la ha llevado.

—¿Que alguien se la ha llevado? —repitió, atónito.

—Sí, a su chalet o algo parecido. Me dijiste que era diabólicamente hermosa, ¿no?

—Sí, muy hermosa, por eso todos la evitábamos.

—¿Y qué ocurre con esa estatua? —inquirió Ian.

—Era la hija del bosque, ha estado allí durante mucho tiempo. Mi abuelo hablaba de que su abuelo ya le contaba que la estatua siempre había estado allí.

—¿Pertenece a alguien? —inquirió Ian.

—No, la hija del bosque no es de nadie.

—Será del propietario del terreno, ¿no? —preguntó Morris.

—Ese bosque pertenece al Estado, no es de nadie en particular.

—¿Y por qué te preocupas tanto por esa escultura, tío?

—Si la hija del bosque ha abandonado su pedestal, ahora todos estamos en peligro.

—Vamos, tío, no me irás a salir supersticioso —trató de ironizar Morris.

—Será mejor que os marchéis de aquí. Nosotros ya nos encargaremos de cerrar las puertas de la granja por las noches hasta que la hija del bosque se vaya con el diablo.

El granjero les dio la espalda y se alejó mientras del establo salían un fortísimo olor a oveja.

Ian Freeman y Morris se miraron entre sí, incrédulos. Ambos, sin decir palabra, desviaron sus respectivas miradas hacia el espeso bosque.

—¿Es cierto lo que dice tu tío?

—No sé, yo nunca he visto esa escultura.

—¿No has dicho que pasaste mucho tiempo aquí en tu niñez?

—Sí, pero mi tío no me dejaba internar nunca en el bosque, decía que había lobos y es cierto, yo los había oído aullar durante la noche.

—¿Nunca te había contado nada sobre esa estatua?

—No, nunca.

—Es raro que Lee se haya ido a dar de cabeza precisamente contra ella, matándose.

—Dirás contra su pedestal, porque la estatua no está.

CAPITULO IV

—No me ha parecido haber visto cable telefónico —observó Ian Freeman. Morris dio una ojeada como si buscara un pájaro en el cielo y respondió:

—Es que no llega aquí el teléfono.

—¿Y cómo avisasteis a la policía?

—Mi tío tiene un walky-talky bastante potente y con él llama a otro ganadero que está más cerca de la villa. El sí tiene teléfono.

—Comprendo; con el walky-talky se pone en contacto con su vecino y él transmite sus peticiones por teléfono.

—Así es como llamamos a la policía. —Suspiró—. Pobre Lee.

—Todos estamos expuestos a un accidente desagradable. Yo mismo, cuando circulo en la moto dándole mucho gas y saltando por los prados y las colinas, pienso que me voy a partir la cara contra cualquier roca.

—¿Piensas que corres más peligro en la moto que volando en el ala delta?

—No, no lo pienso, es diferente. Parece como si la moto fuera más peligrosa por el ruido que te ensordece y que al mismo tiempo te enerva y te excita, obligándote a darle más gas. En cambio, volar con la cometa es tan suave... Sólo oyes el viento contra la tela.

—Sí, es diferente. Se siente uno distinto, como menos pegado a la tierra y eso ocurre cuando se pierde el miedo, cuando estás cómodo colgado do la cometa, como si la tela fueran alas y nosotros pájaros. A veces he pensado que me podía ocurrir lo que desgraciadamente le ha pasado a Lee.

—¿Dejarás de volar por lo ocurrido?

—No, claro que no, la muerte no corta las aficiones de quien realmente las siente, quizá Howard sí lo haga.

—Howard es un cobarde, no había supuesto que haría una cosa como la de abandonar a Pheny sola junto al cadáver.

Caminando, habían subido hasta la montaña escogida por el propio Morris para efectuar el lanzamiento. La caminata había sido estimulante. El cielo seguía encapotado y soplaba una brisa suave.

—Desde aquí nos lanzamos.

—Sí y él debió dirigirse hacia el bosque.

—Yo me lancé en vuelo hacia la carretera. Ya sabes, por la tarde el viento tiende a bajar y desde esta altura sólo cabía la posibilidad de hacer una distancia lineal, se trataba de llegar a la carretera. Por la mañana y con sol es diferente, te puedes elevar.

—Este es un buen lugar si hace sol, aunque opino que ésta no es la mejor época para practicar el vuelo.

—Si mañana hay buen sol ya me dirás, la panorámica es grande si el día es bueno y puedes mantenerte mucho en el aire si sabes escoger la espiral de aire caliente como lo haría un buitre.

—Pese a todo, el lugar me parece bueno, desde aquí nadie diría que el

vuelo de Lee podía ser mortal, hablando siempre desde el punto de vista de los que practicamos este deporte. Los que no lo practican nos llamarían locos sólo por lanzarnos desde aquí hacia la pendiente.

—Mañana estaremos todos bien, Pheny ya se habrá repuesto; bueno, quizá Howard quiera marcharse.

—Me gustaría hablar con él antes de que lo hiciera.

—¿Quieres darle un puñetazo?

—Cuando encontramos a Pheny bajo la cometa y cerca del cadáver y al decir que Howard la había dejado sola, he sentido deseos de atizarle. Después, al verle borracho... En fin, ya me has visto, pero creo que todos tenemos derecho á ser humanos y ser humanos significa que no siempre somos héroes. ¿No te parece?

—Sí, es difícil saber cuándo cometeremos un acto de cobardía.

—Le comprendo. Después de todo, a Pheny no le ha sucedido nada malo y no tiene por qué lamentarlo Howard. Cuando se le pase la borrachera, quizá nos explique por qué salió huyendo.

—Sí, quizá nos lo explique, aunque en ocasiones el miedo no se sabe explicar por qué se siente.

—¿Lo dices por propia experiencia?

—No, lo digo porque soy estudiante de sociología. Ya sabes, un rollo para que cuando busque trabajo me pueda emplear en una empresa, aunque preferiría trabajar al servicio de la ley para ayudar un poco a los marginados con problemas legales.

—¿Te parece que mañana vengamos aquí o vamos al entierro de Lee?

—¿El entierro de Lee? Se pasarán hoy el día haciendo la autopsia, quizá mañana nos avisen. ¿Dónde lo enterrarán?

Morris se encogió de hombros.

—No lo sé, lo más práctico sería enterrarlo en el cementerio de Wood House.

—El primer vuelo que haga aquí, será en honor de Lee.

—Podríamos hacer algo espectacular.

—¿Como qué?

—No sé, si tuviéramos sus cenizas podríamos lanzarlas desde arriba mientras voláramos.

—No tendremos sus cenizas, seguramente lo sepultarán.

—Entonces, podemos subir con flores silvestres y mientras volamos las lanzamos en su honor. Desde abajo nos hacen una fotografía y después se la ponemos en la tumba.

—Me parece buena idea, Morris. Regresemos, que estamos lejos de la granja de tus tíos. Andando es un buen paseo.

Descendieron por la montaña cuya tierra estaba empapada por la lluvia de la noche anterior. Del suelo ascendía una grata fragancia. En el cielo no se veían volar los pájaros y a lo lejos podía verse la mancha blanco amarillenta de ovejas y carneros moviéndose. Sin duda alguna, aquel ganado tardaría

mucho más tiempo en crecer y echar carnes que los criados sin salir de establos de crianza donde no entraba otro alimento que el pienso compuesto.

Serían vendidos luego en establecimientos especiales, marcados como expendedores de alimentos naturistas aunque se tratara de carne, pues no sólo los vegetarianos tenían derecho a exigir alimentos puros sin pesticidas ni fertilizantes compuestos.

También los que buscaban carnes con todo el sabor del alimento campestre exigían pureza en la alimentación del ganado y en aquel lugar de pastos abundantes, los Brennan y otros granjeros-ganaderos como ellos se habían dedicado a suministrar este tipo de carnes, más caras pero también más sabrosas.

Rose y Carol estaban en las caravanas. Habían extendido uno de los toldillos y preparado las sillas, uniendo las mesas para formar una larga.

—Huele bien, ¿eh, Morris? —observó Ian.

—¿Cómo os ha ido? —preguntó Rose.

—Bien, el sitio es bueno. No cabe duda de que lo que ha ocurrido ha sido una desgracia, tan desagradable como imprevista. Aparentemente no hay situación de peligro.

—Yo mismo he sido el primero en lanzarme —asintió Morris.

—¿Tenéis hambre?

—Yo sí, mucha —dijo Ian, sincero—. No he desayunado y tengo el estómago vacío—.

Miró hacia la casa y preguntó—: ¿Cómo está Pheny?

—Dormía hace un rato —indicó Carol—. He subido a verla y está bien, no tiene fiebre, sólo estaba agotada. Ha pasado mucho frío y casi toda la noche despierta.

—¿Y Howard? —preguntó Rose, con su voz dulce y muy femenina.

—Voy a verlo. Dadme algo de ropa de Howard, calcetines, una camisa, pantalones — pidió Ian.

Rose se introdujo en una de las dos caravanas y salió con la ropa que puso en manos de Ian, el cual se dirigió al establo.

Howard, cubierto por las mantas, estaba despierto. Su rostro reflejaba la resaca y sus ojos eran huidizos, acobardados.

—¿Te encuentras bien ahora, Howard?

—¿Se han llevado a Lee?

—Sí y por si lo quieres saber, Pheny se encuentra bien.

—Me gustaría explicar lo que pasó, pero tengo mucha jaqueca.

—Si no quieres, no lo expliques ahora.

—Ella está en el bosque... —balbució con los labios trémulos.

—¿Quién es ella?

—No lo sé, pero me produjo pánico. La vi ante mí, sólo a un paso. Sé que me dio pánico y eché a correr.

—Anda, ponte esta ropa seca, la comida está lista.

—No me crees, ¿verdad?

—Me han dicho que llovía, que era de noche, que Lee estaba muerto. Anda, vístete y no escojas más la botella para huir. El alcohol no conduce jamás a la libertad.

Ian se alejaba por la puerta del establo que apestaba y Howard le llamó casi a gritos.

—¡Ian. Ian!

—¿Sí? —Se detuvo, sin volver la cabeza.

—Tú sabes que no soy cobarde, pero ella, ella me inspiró terror.

—¿Ella?

—Sí.

—Bueno, ya me hablarás de ella. Vístete y ven a comer, tu huida no ha causado ningún problema.

Ian regresó a las mesas. El día no era malo pese a la lluvia de la noche anterior. Las propias caravanas, estacionadas cerca de la casa, les protegían del viento.

—¿Por qué no les dices a tus tíos que vengan con nosotros? —preguntó Carol a Morris.

—No aceptarán, son muy huraños.

—Pero buena gente —dijo Rose.

—Ellos no nos entienden, sólo piensan en sus tradiciones, en las tradiciones de sus ancestros que son los míos y en sus ovejas. Ellos viven bien así y no quieren entender nada más.

—Pero aunque no llegue el teléfono llega la electricidad, ¿no?

—Si —respondió a Ian—. Ya habéis visto, tienen televisión y todo, pero no creo que sus lámparas se quemen por exceso de uso. De todos modos, les iré a buscar. Ah, no les escandalicéis demasiado.

Cuando Morris se hubo alejado. Rose, con su voz terriblemente femenina, expuso:

—Yo prefiero dormir en la caravana. Esas casas viejas sin remozar están llenas de chinches. Me asustan los insectos.

Mientras disponía la mesa, Carol explicó:

—Estar dentro de la caravana es como hallarse en una burbuja antiséptica; no obstante, prefiero un chalet moderno o cuando menos, un apartamento con todos los servicios.

El matrimonio Brennan salió de la casa siguiendo a su sobrino, iban como incómodos. La señora Brennan no sabía qué hacer con sus manos y terminó hundiéndolas en los bolsillos de un delantal que no había llegado a quitarse. En vez de detenerse frente a la mesa, se acercó con modestia a Carol para ayudarla.

—Oh, no es necesario, ya me invitará en su casa en otra ocasión.

La señora Brennan, una mujer de pocas palabras, vaciló, pero no supo marcharse sin hacer nada y puso en la mesa una sopera que humeaba.

—Huele bien — observó Ian.

—No será tan bueno como las sopas que prepara la señora Brennan.

—Per favor, me hará sonrojar —protestó la buena mujer.

—Si esta sopa es artificial, señora Brennan, espero que no se equivoque con ella. Usted estará acostumbrada a comer carne, pero carne de la buena.

Morris apoyó las palabras de Carol.

—Sí, carne que se ha hecho con el pasto de este valle, carne de la mejor del mundo.

Antes de que empezaran a comer, apareció Howard. Tenía el aspecto de un borracho en la amanecida. No se había lavado.

—¿Alguien puede darme un par de aspirinas? —preguntó con voz cascada. Ian le pidió:

—Siéntate a comer; las aspirinas caen mejor con comida en el estómago.

Howard bajó su mirada como temiendo encontrarse con los ojos de las chicas. Se sentía como un niño, era consciente de que se había portado muy mal y que de un instante a otro podía recibir la repulsa de la familia en forma de castigo.

Ian trató de quitar hierro a la situación hablando mientras Rose iba a buscar un par de aspirinas que dejó junto al plato de Howard.

—Vivirán ustedes muy tranquilos aquí —dijo, encarándose con los Brennan.

A los Brennan les costó responder; lo hizo el marido moviendo la cabeza en sentido vacilante.

—Hay mucha soledad aquí.

—Pero ustedes la soportan bien y se libran de los ruidos y los humos de la ciudad — insistió Ian.

—Cuando vamos a la ciudad, al volver nos duele la cabeza —explicó la esposa.

—Sí, pero cuando nosotros muramos no habrá nadie aquí para criar ovejas y esto quedará abandonado —se lamentó el señor Brennan.

Morris preguntó:

—¿Y los pastores?

—Minor y Weary son dos buenos idiotas —explicó Brennan—, buenas personas pero idiotas, tienen poca cosa dentro de la cabeza. Saben llevar las ovejas, no se les pierde una, pero si tuvieran que llevar las cuentas, se perderían.

—¿Y dónde viven? —interrogó Carol.

—Son hijos de una granja que ha venido a menos, ellos son los últimos descendientes. No han conseguido llevar a ninguna chica allí para casarse y tener descendencia. Tienen algunos animales domésticos, pero todo el dinero que ven es el que les pagamos nosotros. Yo les he comprado los ciclomotores para que puedan llegar hasta aquí.

—No se pueden imaginar lo que les gustan esas máquinas infernales que hacen tanto ruido, se vuelven locos con ellas. Percy —dijo, refiriéndose a su marido— se las arregla cuando se les estropean y cuando no puede, la carga en la furgoneta y la lleva a la villa.

—Quizá, si no los hubiera engolosinado con los ciclomotores, no los tendría aquí como pastores —comentó Ian.

—Es posible, pero ellos vivirían peor. Abandonarían su caserío y se irían a cualquier ciudad a convertirse en peones baratos, a recoger basuras o algo por el estilo y no vivirían mejor que aquí. A ellos les gusta andar por el monte, los bosques, el prado, con las ovejas. Conocen su profesión y están bajo un cielo sin techos. Están sin un aire contaminado, sin ruidos de compresores, de camiones de basura. Ahí, con sus ovejas, no están menospreciados por nadie, nadie les llama tontos ni cretinos. Llevan sus armónicas y las tocan cuando les parece, no piden más. Si fueran ambiciosos, ya se habrían marchado, porque nadie les retiene aquí.

—Creo que está usted acertado, señor Brennan —le dijo Ian—. En las ciudades so trata de redescubrir lo que usted mantiene aquí.

—No le entiendo.

—Es fácil. Tratan de buscar empleos fáciles pero que sean suficientes y den independencia a los cortos de talento. Digamos que se busca la forma de que consigan realizarse. Les enseñan a hacer cestos, cajitas, objetos que suelen venderse en los puestos de «souvenirs» artesanos donde se termina comprando el recuerdo hecho por los tontos, no del propio pueblo sino de los que han sido internados en un taller subvencionado o protegido. Usted, de forma empírica, ya tiene solución para esos des hombres que pastorean las ovejas y, al parecer, lo hacen bien.

—Sí, lo hacen bien porque lo han visto hacer a sus padres, a sus abuelos, lo llevan en la sangre.

—¿Y conducir esos ruidosos velomotores también lo llevan en la sangre? —preguntó Carol sin actitud de reproche.

—Por la carretera van bien porque es una carretera muy solitaria. Sólo llegan hasta la Wood House, no van más lejos. Si han ido a alguna ciudad grande lo han hecho tomando el autobús.

Siguieron hablando y se rompió la tensión. Pheny no apareció hasta que el almuerzo hubo concluido. Por su parte, la señora Brennan parecía haber roto la barrera entre ella y los jóvenes recién llegados a aquel lugar para volar como pájaros.

Pheny se acercó a la mesa. Estaba seria y pálida, pero parecía bien de salud. Rose se apresuró a ofrecerle:

—Un plato de sopa te irá que ni pintado.

—No.

—Un poco de carne —insistió Carol.

—No, no tengo apetito, ya comeré luego si tengo hambre.

—Estás muy paliducha —comentó Morris.

Pheny no dijo nada y Howard no sabía adónde mirar. De pronto, en voz suficientemente alta, dijo:

—Lo siento, Pheny. Sé que me porte como, como...

—Cállate.

Howard, enmudeció de golpe y alargó su mano para tomar una botella de vino que había sobre la mesa. Ian se la cogió antes, apartándola de su alcance, y le preguntó a Carol:

—¿Qué te parece si todos tomamos café?

El señor Brennan se quedó mirando con fijeza a Pheny, como escrutando a la joven morena de grandes ojos verdosos. Ian y Morris hicieron lo mismo; había algo raro en Pheny.

—¿La ha visto?—preguntó de súbito Percival Brennan.

—No sé de qué me habla.

—¿Usted la ha visto? —preguntó Howard de pronto, vivamente interesado, encarado con Percival Brennan.

La señora Brennan se santiguó rápidamente.

—Sí, yo conozco la estatua de la hija del bosque y dicen que no está.

—¿Estatua? —preguntó Howard.

—Sí, estatua, hace tiempo que está allá. La señora Brennan le pidió con viveza:

—¡No hables de ella. Percy!

—No temas, es de día, ellos han estado allí.

—¿Por qué no nos cuentan lo que ocurre con esa estatua? —pidió Ian.

—Dicen, de eso hace mucho tiempo... —comenzó a explicar Percival Brennan con tono confidencial. Morris le sirvió vino en su vaso, un vino que su tío no rechazó sino que tomó de él, más para mojarse los labios, paladar y garganta, que para llenar su estómago de alcohol—. Yo no sé si es cierto o no, pero en este lugar vivía más gente años ha, había muchas ovejas y la milicia tomó asiento en el valle durante unos meses, no sé por qué motivo. El caso es que en una choza que ya ha desaparecido vivía una mujeruca que según rumores era una bruja, pero también curandera, y cuando los médicos no hallaban solución para los males de algún paciente, éstos acudían en la noche a la choza de la hechicera, aunque nadie admitía nunca haberlo hecho. El caso es que unos se curaban y otros no, pero en circunstancias desesperadas o cuando no se tenía bastante dinero para pagar al médico, era esa mujeruca la que atendía a los enfermos. Un día se supo que una chiquilla vivía con ella; no se sabía si era su hija o no y si era su hija, quién era el padre.

—No sigas, Percy —casi suplicó su esposa.

—Cálmate —pidió de nuevo el hombre que prosiguiera—. La chica no hablaba con nadie ni se sabía que tuviera nombre. La propia hechicera no la mencionaba nunca y la muchacha creció y se hizo muy hermosa.

»Un día, un capitán apareció en su tienda con la cara aplastada, machacada; sin duda alguna había sido un crimen y su ordenanza confesó haber visto a una mujer joven saliendo de la tienda. Indagaron y se supo que la joven vivía en el bosque y que la hechicera había desaparecido. Se había marchado tan silenciosamente como llegara; en realidad, se creyó que había muerto y la hija del bosque debió enterrarla, ocupando su puesto. Se llegó a comentar que la joven se colocaba una máscara que imitaba el rostro de la

hechicera y que con muy poca luz, junto a la entrada de la choza, se había confundido con la propia hechicera ya desaparecida o muerta y que no se sabía era su madre.

»Los soldados rastrearon el bosque hasta encontrarla. Fue maltratada, vejada, arrastrada y conducida al campamento miliciano. Le preguntaron si había sido ella la asesina del capitán y cuenta la leyenda que la chica respondió que el capitán la había encontrado en el bosque y la había violado. No admitió que ella le hubiera matado y se dice que la torturaron.

»La tuvieron cinco días en un cepo, sin comer ni beber, nadie se apiadó de ella. La golpearon y escupieron. Los soldados fueron en busca de unos reverendos y la hija del bosque fue acusada de bruja y asesina y condenada a la hoguera, una hoguera que se montó en el claro del bosque donde hasta ahora ha estado la estatua. Allí fue quemada viva y mientras era devorada por las llamas, les maldijo a todos. «Las cenizas quedaron en un hoyo en el centro del claro y alguien debió traer un día una estatua que colocó sobre las cenizas, como para impedir que éstas se dispersaran. Durante generaciones y generaciones, nadie se ha atrevido a tocar esa estatua de su lugar, la hija del bosque siempre ha estado en el mismo sitio. Los que la hemos mirado lo hemos hecho a distancia, parecerá una cobardía, pero es que ese lugar impone.

«Todo ha permanecido igual durante mucho tiempo hasta que habéis llegado vosotros. Vuestro compañero ha muerto con la cara" aplastada como el capitán que fue acusado por la hija del bosque de criminal violador y ahora, decís que la estatua ha desaparecido...»

—Pero ¿todo eso es historia o leyenda? —preguntó Carol.

—La leyenda se confunde con la historia y la historia, con la leyenda.

—¿No hay nada escrito sobre lo ocurrido? —preguntó Morris.

—En realidad, los milicianos estaban aquí en el valle temporalmente. Lo que sí se ha dicho siempre es que la hija del bosque maldijo a quienes la violaron, la torturaron y la quemaron. La verdad es que en aquellos días, una muchacha sin familia, acusada de hechicera y asesina, debió pasarlo muy mal en un campamento de milicianos deseosos de vengar la muerte de su capitán.

—Sería horrible —casi gimoteó Rose, impresionada—. Después de todo, ese canalla de capitán se llevó lo que merecía.

—Las mujeres siempre hemos sido las víctimas de los hombres —se lamentó Carol con un suspiro.

Pheny no dijo nada. Howard, titubeando, preguntó:

—¿Es, es cierto que se ponía una máscara horrible para parecer una bruja?

—Eso se dice. Bueno, después de nosotros nadie lo dirá. El valle se está vaciando y pronto no habrá nadie para seguir contando una leyenda no escrita.

CAPITULO V

—No, no quiero dormir en la caravana —había dicho Pheny sin vacilaciones.

—Pero ¿qué te ocurre? —le preguntó Rose—. El que durmamos tú y yo en la misma cama ancha de la caravana no quiere decir nada, ya sabes que no te molesto durmiendo.

—Prefiero la habitación de los granjeros.

—Oye, no estarás pensando que soy lesbiana, ¿eh?

—No digas estupideces.

Carol, encogiéndose de hombros, objetó:

—Que se vaya si quiere, así habrá más aire para las dos.

Por contra, la caravana de los muchachos era más grande y poseía literas individuales. Habían cenado pronto y comenzaba a oscurecer cuando Pheny se filtró en la granja y penetró en la habitación donde la habían instalado después de encontrarla en el bosque.

Con los últimos minutos de claridad del día, llegaron los miles de ovejas cuidadas en los pastizales por los pastores Minor y Weary.

Alrededor de ellos saltaban tres perros de pastoreo que pertenecían al matrimonio Brennan, aunque eran fieles a las órdenes de los dos pastores.

El ganado pasó por el largo abrevadero; los animales con sed la saciaron y luego, conociendo bien el camino, siguieron al carnero del cencerro hasta introducirse en los corrales y establos para pasar la noche.

Ian, Howard y Morris decidieron jugar unas partidas de póquer dentro de la propia caravana antes de acostarse mientras un cassette les inundaba de música, una música que sonaba extraña y casi profanadora en la paz de aquel valle casi desértico pese a tener buen arbolado y mejores pastos para las ovejas.

Minor y Weary se metieron en la cocina de sus patrones para cenar lo que la señora Brennan les había preparado, de esta forma los dos hermanos no necesitaban prepararse alimentos al llegar a su caserío que, por falta de cuidado, se iba desmoronando.

Era ya tarde cuando ronronearon los ciclomotores, alejándose de la granja. Las luces de los faros barrían el camino de tierra húmeda que ambos conocían tan bien como las ovejas o como el viejo caballo que va había muerto, aquel caballo que antes les trasladaba desde su caserío a la granja de los Brennan antes de la arribada de las ruidosas máquinas que excitaban a los pastores sentados sobre aquel ingenio petardeante que les llevaba de un lugar a otro.

Los dos pastores se habían sentido vivamente atraídos por la máquina de trial de Ian pese a que éste no había hecho ninguna demostración con ella, ya que habría minimizado de inmediato a los ruidosos pero poco potentes ciclomotores.

De pronto. Weary, que iba abriendo camino con el faro de su ciclomotor

hizo un extraño y se salió del camino dando saltos por encima de tierra y piedras.

Minor, que iba detrás, sin saber lo que le había ocurrido a su hermano, continuó adelante, unos pocos metros, hasta chocar contra un tronco que Weary había evitado.

La velocidad era escasa y el golpe no fue de consideración. El ciclomotor no logró rebasa i el obstáculo y máquina y piloto se fueron contra el suelo mientras el estrepitoso ronroneo seguía y el faro se movía de un lado a otro.

—¡La puta que la parió! —rugió Minor, levantándose rápidamente para sujetar su máquina que se movía de un lado a otro.

—¿Cómo está? —preguntó Weary que se había detenido fuera del camino.

—¡Se ha roto la rueda! —se lamentó Minor.

—Esta mañana, ese tronco no estaba ahí —gruñó Weary.

—Es verdad, hemos pasado nosotros y nadie más va por este camino. ¿Lo habrán puesto esos de las roulottes?

—No, no creo, ¿para qué iban a poner el tronco aquí? Además, no creo que hayan pasado por este sitio.

—¿Habrá sido la policía que ha pasado por aquí?

—Sí, sí, habrá sido la policía, seguro. —Miró la rueda que ya no era tan circular como antes del choque—. ¿Crees que podrán arrestarla?

—Espero que sí, se lo diremos a Brennan.

—Como mañana tenemos que pasar otra vez por aquí, déjala. Nadie se la va a llevar y menos estando rota.

—Es verdad. La dejaremos aquí y mañana se la llevaremos a Brennan. Si no la arregla, yo me voy —dijo Minor, resuelto.

—¿Adónde te vas a ir?

—No sé —se encogió de hombros—, a ganar más dinero para comprarme una moto como la del tipo ese que ha llegado hoy. ¿Crees que hará mucho ruido conduciendo?

—Sí, supongo que hará mucho ruido.

—¿Crees que algún día ganaré suficiente para comprar una moto como ésa?

—Si Brennan gana dinero, nos tiene que pagar más a nosotros, podemos pedírselo.

—Con esa moto se podrá ir por el monte sin caminos, ¿verdad, Weary?

—Cualquiera diría que estás contento de que se haya roto la tuya...

—No. pero... Mira, mañana le preguntaré a ese tipo cuánto vale su moto.

—¿Y si la policía te pide que vayas a clase?

—¿A clase? —se alarmó—. ¿Para qué? Weary hizo un gesto ambiguo.

—No sé, pero como corre más.

Minor dejó la máquina junto al tronco. Weary lo rodeó y dijo:

—Te espero en casa.

—¿Cómo, no me llevas?

—Si te llevo, la moto no andará, es demasiado peso.

—Anda, pues vete ya, Hoyaré luego, como no llueve.

—¡ Hasta ahora!

Weary se alejó con su motocicleta. Minor hundió las manos en los bolsillos y echó a andar.

Cada vez escuchaba más lejano el ronroneo del velomotor de su hermano hasta que dejó de oírlo y el bosque se llenó del silencio lleno de pequeños ruidos.

A Minor no le impresionaba lo más mínimo el bosque, lo conocía bien y su imaginación era escasa, no creía más que lo que veía con sus propios ojos.

Aquélla era la hora en que los ratones salían de sus madrigueras y búhos y lechuzas abrían sus enormes ojos buscando a la presa. Los zorros corretearían rápidos de un lado a otro buscando que comer y, a lo lejos, quizá aullaría un lobo.

El cielo se había despejado y por encima de las copas de los árboles se veían las estrellas y una luna muy hermosa, casi redonda y de gran luminosidad.

Cualquiera habría pensado que era un placer avanzar por el bosque, pero Minor no estaba atento a todo cuanto para él era normal y cotidiano.

—Hola.

Minor sacudió la cabeza como si no creyera que había oído algo.

—Hola —insistió la voz femenina.

Minor se detuvo y miró en derredor sin llegar a sacar las manos de sus bolsillos. Estaba desconcertado porque lo que menos esperaba era oír una voz de mujer.

—Eh, ¿dónde estás?

—¡Aquí!

Minor centró sus ojos gracias a la localización de la voz con los oídos.

Pudo ver un rostro que asomaba junio al tronco de un árbol, un rostro que destacaba del resto del cuerpo casi furtivamente, con una palidez que reflejaba la luz. No se confundía con el resto de las sombras del bosque, aquel rostro no era una ilusión óptica.

—¿Quién, quién eres?

—Adivínalo —dijo ella.

Se rió luego con una carcajada sensual, excitante. La chica salió de detrás del árbol y corrió hacia otro tronco como si estuviera jugando a esconderse. Reía y su cabello oscuro destacó sobre la espalda terriblemente desnuda, tan desnuda como el resto de Su cuerpo.

—¿Será una chica de esas de la ciudad? —se preguntó Minor saliéndose del camino, todavía con las manos en los bolsillos.

—¡Tonto!

—¿Qué dices?

—¡ Tonto!

Volvió a reírse. Salió de su protección y se fue a buscar otro árbol, alejándose de Minor en vez de acercarse.

El hombre sintió una excitación desacostumbrada en él. Miró en derredor como temiendo que alguien pudiera sorprenderle y después, corrió hacia la muchacha.

—¡Ahora te atraparé!

—¡A ver si puedes! —le desafió ella.

Cuando Minor llegó al árbol, la mujer corría hacia otro lugar. Lo hacía con una ligereza etérea, sin dejar de reírse.

Minor comenzaba a notar que la sangre circulaba más veloz por sus venas, que la garganta se le secaba, que le faltaba aire y que tenía deseos de coger a la chica entre sus manos.

—¡Espera, espera! —le gritó.

Ella se fue alejando sin dejar de reír. Por unos momentos, el pastor se sintió como perdido.

—¿Dónde estás? —gritó.

La había perdido de vista y estaba ya tan excitado que todos sus deseos se concentraban en uno solo: Hallar a la que él creía chica de la ciudad.

Ella rió de nuevo, larga, provocativa y sensualmente. Minor volvió a orientarse y corrió entre los árboles.

Llegó al claro casi circular y se quedó quieto, jadeante. Una ligera baba le caía por las comisuras de los labios.

Ella estaba en el centro y a Minor se le agrandaron los ojos como jamás los había tenido abiertos. Había conocido en su vida a pocas mujeres y todas ellas habían sido furcias ya maduras y de bajo precio.

Había terminado conformándose con el autoconsuelo manual; pero ahora, todo era distinto.

Sobre el pedestal volcado estaba ella quieta, inmóvil. Era como una estatua, era la hija del bosque. No se movía y su espléndida desnudez insuflaba poder y violencia a la sangre masculina.

Despacio, paso a paso, avanzó sobre la tierra blanda y llegó hasta lo que cualquiera hubiera tomado por una estatua si el cabello, en vez de negro, hubiera sido blanco, del mismo color que la suave piel, tersa y sin arrugas, que cubría un cuerpo joven y elástico.

Ella no se movía. Tenía un brazo ligeramente en alto y el otro, casi a punto de coger su cadera con la’ mano.

Minor quería tocarla, comprobar que no soñaba. Aproximó sus dedos temblorosos y la tocó en el costado.

—Estás, estás fría —farfulló, casi incapaz de hablar.

La joven no dijo nada, seguía inmóvil. Minor no apartó sus dedos de ella y los deslizó notando la redondez de las caderas.

—Tú, tú eres... —No sabía qué nombre poner entre sus labios.

Minor tenía deseos de tocarla mejor y lo hizo con ambas manos. Sus dedos oscuros, rugosos pese a su juventud, palpaban aquel cuerpo desnudo. Tocó suavemente los pechos salientes, erectos y punzantes.

Primero tuvo un cuidado nada habitual en él, pero terminó por oprimirlos

con fuerza, como si fueran las ubres de las ovejas de cuya leche había bebido.

Le parecía increíble qué él pudiera tener todo aquel cuerpo de mujer joven y hermosa para él, todo aquel cuerpo que resaltaba entre sus manos que no querían dejar pliegue o curva sin acariciar.

—Yo, yo sé cubrirte, sé cubrirte, ya verás.

No pudiendo resistir más, la agarró por la cintura para volverla sobre la hierba. Mas ella seguía quieta y Minor no conseguía arrancarla del pedestal, era como si se hubiera soldado en él.

—No, no te haré daño...

Persistió para arrancarla del pedestal y llevarla al suelo, mas no lo consiguió, sin percatarse de que uno de los brazos de la mujer se iba cenando alrededor de su cuello hasta oprimírselo con inusitada fuerza.

—¡¡Agggg!!

Ella estalló en una carcajada y, moviéndose, levantó su puño cerrado con el que comenzó a golpear el rostro de Minor una y otra vez mientras la sangre salpicaba en derredor.

Pese a los esfuerzos que Minor hacia, no lograba escapar de aquel castigo que fue mortal mientras en el bosque, maldito mucho tiempo ha, resonaba una carcajada de mujer.

CAPITULO VI

El jeep rodaba hacia lo alto de la montaña para acceder al lugar ideal desde el que podrían lanzarse los deportistas.

Normalmente, cuando realizaban un viaje como aquél, reían, cantaban y parloteaban; en cambio, ahora podían verse sus rostros ceñudos y preocupados.

—¿De veras Pheny no se encuentra bien? —preguntó Ian.

Rose y Carol se miraron. Fue la voz aguda pero muy femenina de Rose quien respondió;

—Sí, ha insistido que no se encontraba bien y no me ha dejado ni abrir la ventana.

Quizá tuviera una jaqueca muy fuerte.

—¿Le habrá afectado lo sucedido? Pasó muchas horas sola junto al cadáver de Lee — comentó Morris.

Howard apretó las mandíbulas sin decir nada. Él era el conductor del vehículo y cada vez que se acordaba de lo ocurrido a Pheny, se sentía culpable. Era una losa con la que su conciencia se había cargado.

—Quizá sería bueno regresar a la ciudad, dar por terminados estos días que nos hemos tomado para volar.

—¿Qué dices, Carol? —protestó Morris.

—¿Iremos al entierro de Lee? —preguntó Rose.

—Sí, claro, cuando nos avisen de que va a ser enterrado —asintió Morris, añadiendo—: Nos avisarán por el radiorreceptor de mis tíos.

—¿Por qué no dejamos de hablar de Lee y de su maldita muerte de una condenada vez? ¡Ya no tiene remedio! —explotó al fin Howard.

Nadie replicó y el jeep siguió trepando. El día era bueno, había aparecido un sol radiante cuyas ondas térmicas pensaban aprovechar. Podía ser un magnífico día de vuelo, así lo esperaban todos y quizá volando se despejaran sus mentes.

Era muy posible que suspendidos en el aire, tan sólo sostenidos por la tela de las grandes cometas, se sintieran mucho mejor porque era evidente que cuando se lanzaban al aire, transformándose un poco en pájaros, cambiaban, no eran los mismos que habían sido sólo minutos antes mientras hollaban la tierra con sus pies pegados a ella.

Al fin, llegaron al lugar escogido por Morris y que Howard ya conocía bien.

Se acercaron al borde de lanzamiento. Los cinco conocían la panorámica pero deseaban verla a la luz del sol. También deseaban constatar la dirección y la fuerza de los vientos.

—¿Qué te parece, Ian? —preguntó Morris.

—Un buen día para volar. Howard advirtió:

—Yo no volaré, os esperaré en la carretera.

—De acuerdo —aceptó Morris.

Rose y Carol cuchichearon entre ellas y optaron por volar. El día colaboraba a la práctica de aquel bello deporte y desempaquetaron las alas delta.

Howard les ayudó y Morris, con su cometa naranja, fue el primero en saltar al vacío y elevarse. Luego lo hizo Rose con una cometa de color rosa como indicaba su nombre.

Carol tenía colores de abeja, rayas amarillas y negras.

Rose vaciló un poco, estuvo a punto de volcar de costado, pero consiguió elevarse justo cuando sus piernas iban a rozar contra la copa de un roble achaparrado.

—¡Ahora me toca a mí! —exclamó Carol.

Corrió y la tela tembló. Saltó encogiendo las piernas y el aire la empujó hacia arriba.

—Hasta la carretera, Howard —dijo Ian.

Dando una fuerte zancada, se elevó también como los que le habían precedido y pronto se vieron volar las cuatro cometas en el cielo del valle. Era como un juego de mariposas gigantes.

Howard les observó durante unos minutos, comprobando que todo iba bien. Los vientos eran suaves y el sol provocaba corrientes de aire en espiral. Todo funcionaba perfectamente y regresó al jeep, poniéndolo en marcha.

Ian Freeman tenía como un sexto sentido para el deporte del vuelo en cometa. Era como si poseyera la sabiduría de los grandes pájaros planeadores porque sabía situarse en las corrientes de aire que se elevaban en espiral, corrientes invisibles que empujaban hacia arriba a la cometa, equilibrando el ala delta con su cuerpo para no salirse de ellas. Se fue elevando más y más, dejando muy abajo a sus compañeros de deporte que volaban agradablemente pero por debajo de él. Incluso, poco a poco, perdían altura y se iban deslizando hacia la carretera, recorriendo el valle mientras Ian parecía dispuesto a batir un récord de altura y también de tiempo de permanencia en el espacio.

El hombre fue elevándose y elevándose hasta que el aire perdió fuerza, pero había llegado a una altura considerable. Podía ver todo el valle, sus granjas, su gran masa de arbolado espeso, las montañas que a Este y Oeste cerraban el valle.

Entonces, se salió de la espiral de aire para descender en círculos amplios. Sus pies colgando en el espacio semejaban buscar un punto de apoyo que no poseía. Su cuerpo se inclinaba ligeramente a derecha o izquierda según se orientaba o notaba la presión del viento sobre la tela.

El placer era grande y disfrutaba de aquellos momentos, sin más ruidos turbadores que el ligero rumor del viento contra la tela que en ocasiones temblaba como una muchacha todavía virgen entre las manos expertas de un hombre resabiado que acariciaba su desnudez.

En aquellos momentos de felicidad, pensó en Pheny. La chica le gustaba,

aunque le parecía un poco chapada a la antigua, pues no jugueteaba con el sexo como hacían otras jóvenes de su edad.

Acostarse con Pheny debía resultar muy agradable. Se lo había propuesto en varias ocasiones, pero ella había sabido escabullirse con sonrisas, sin que él pudiera enemistarse con ella ni sentirse burlado o despreciado. Sabía que los demás también se lo habían propuesto, encontrándose con las mismas negativas.

Rose y Carol eran otra cosa; no es que fueran ninfómanas ni mucho menos, pero cada una de ellas había probado el amor con varios hombres distintos como si buscaran dónde se hallaba el mejor «bouquet».

—¡¡Phenyyyyyy!! —gritó de pronto, como si deseara limpiar sus pulmones.

Allí en lo alto, su voz no rebotaba contra parte alguna: podía gritar por el placer de gritar, por el deseo de gritar lo que su espíritu deseaba.

—¡¡Phenyyyyyy!!

De pronto, como si hubiera encontrado un bache de aire, la cometa descendió velozmente.

Ian Freeman logró dominar al planeador de tela sintética y finas varillas metálicas como armazón. Evitó seguir cayendo y se dirigió hacia el bosque. Millares y millares de copudos árboles se deslizaron bajo sus pies con su fuerte intensidad de verdes oscuros.

De pronto, vio el claro del bosque y en su centro, una estatua. Pese a la altura en que se hallaba, podía distinguirla y se sintió atraído por la blanca figura.

Recordó que allí se había matado Lee y se alejó por encima de los árboles, volando hasta que vio la carretera. Descendió y tomó tierra suavemente sobre un prado.

Al poco, se acercaba el jeep conducido por Howard. Le habían estado vigilando a distancia, controlando su descenso. Rose y Carol saltaron del vehículo muy efusivas.

—¡Creíamos que nunca bajarías! —le gritó Carol.

—¿Cómo lo consigues? —le preguntó Rose besuqueándole el rostro, abrazándose a él y cogiéndose a su cuello.

—Tranquilas, tranquilas, que no he ganado ningún campeonato.

—¡Pero lo ganarías si te presentaras, seguro que sí! ¿Verdad, Carol?

—Sabía que conseguirías un vuelo magnífico —opinó Morris.

—Este lugar, a finales de primavera, será estupendo para celebrar un campeonato de vuelo en ala delta —observó Ian.

—Sabía que era un buen sitio y que lo aceptaríais así. Lo de anteayer fue una desgracia.

—Sí, es cierto. Hay que admitir que es un buen lugar, no hay tendidos eléctricos de alta tensión ni lugares realmente peligrosos. Por cierto, ¿habéis oído algo sobre la estatua?

—La de la hija del bosque; tú tío nos habló de ella.

—Pues no sé nada.
—Me ha parecido ver la estatua en el bosque.
—¿Dónde? —inquirió Carol, interesada.
—En el claro donde murió Lee.
—¿No habrá sido una ilusión óptica? —interrogó Morris, escéptico.
—Habrás visto el pedestal —le objetó Rose.
—Juraría que no era el pedestal sino la estatua misma.
—Es extraño —rezongó Morris—. ¿Quién iba a colocarla allí? Howard, desde el jeep, preguntó:
—¿Qué pasa?
—Bueno, quizá sí sea una ilusión óptica, sin embarco...
Guardaron la cometa en el remolque y en el jeep regresaron a la granja de los Brennan. Una vez allí, Ian se fue hacia su potente moto de trial y la puso en marcha, haciéndola roncar con fuerza.
—¿Te vas? —le preguntó Rose.
—Sí.
—¿Me dejas ir contigo?
—Voy al bosque y esta moto dando saltos no admite pasajeros. Si fuera para rodar por la carretera, sí te llevaría.
La potente moto brincó hacia adelante y rodó por el camino que conducía al bosque. Rodar por el interior de la amplísima zona arbolada no era ningún problema para él y tras buscar en varias direcciones, al fin localizó el claro que deseaba hallar. El pedestal marmóreo estaba caído y no había estatua alguna.
Aquel lugar daba una gran sensación de soledad y silencio. No se oía nada, ni el rumor del viento rozando contra las hojas. Se acercó al pedestal y lo tocó con sus manos como para cerciorarse de que sus ojos no le engañaban.
El pedestal no tenía ninguna inscripción y el pequeño hoyo donde había estado colocado tenía como un fondo grisáceo que no era tierra.
Entonces, recordó la leyenda contada por Percival Brennan. La hija del bosque había sido quemada viva después de torturada.
—¿Y si la estatua estuviera en otro lugar? Quizá me he confundido... —se dijo.
Montó en la moto y la puso de nuevo en marcha, alejándose de aquel lugar que daba una sensación de soledad más propia de un cementerio que de un bosque.

CAPÍTULO VII

Percival Brennan había hecho pasar el ganado a los cercados que se hallaban junto a los establos de recogimiento tras vaciar varias sacas de forraje. Los perros ladraban a su alrededor. Las ovejas se dividieron en grupos, buscando la comida fácil sin salir del cercado.

Morris se acercó a su tío que parecía cansado.

—¿Hoy no salen a pastar?

—No, Weary y Minor no han venido.

—¿Es fiesta para ellos?

—No, y no han avisado. Es raro, porque sí son cumplidores.

—¿Y cuando no vienen das tú de comer forraje a las ovejas en vez de llevarlas de pastoreo?

—Sí, son demasiadas para mí. Tampoco tengo que preocuparme demasiado, estos cercados están bien provistos de hierba. La dejo que crezca el máximo posible y sólo meto al ganado en estos cercados cuando los pastares no pueden venir; no obstante, les vacío unos sacos de forraje para que estén contentas. ¿Y cómo os ha ido a vosotros?

—Muy bien, hemos volado.

—¿Las chicas también?

—Sí.

—Son muy valientes. Cuando os he visto volando con esas cometas he pensado que estabais locos pero que debía ser fantástico estar suspendido en el aire como los pájaros.

—¿Por qué no pruebas?

—No, no, yo no. Pasaría tanto miedo que cerraría los ojos y no vería nada y más después de que vuestro amigo se mató.

—Un accidente puede ocurrir en cualquier parte. Oye, tío, ¿hay alguien por estos alrededores?

—¿A qué te refieres, Morris?

—Pues, podría ser que alguien estuviera moviendo esa escultura de la que nos hablaste. Percival Brennan, un hombre de ordinario taciturno, se quedó pensativo durante unos segundos y al final respondió:

—No, no hay nadie, que yo sepa y por aquí no vienen vagabundos. Esta no es ruta de paso, dentro de unas semanas comenzarán las nieblas y los fríos intensos. ¿Por qué lo has preguntado?

—No sé. Bueno, es que Ian ha creído ver la escultura mientras volaba.

—¿Como un halcón ve a un conejo?

—Algo así.

—Pues no, no viene nadie.

—¿Y los pastores Minor y Weary?

—Luego, con la mula mecánica, iré a ver si les ha pasado algo.

Mientras, Rose llamaba a la puerta de la alcoba en que se había refugiado

Pheny y la llamada no obtuvo respuesta inmediata. Le extrañó que la puerta estuviera cerrada.

—¡Pheny, Pheny! ¿Estás bien?

—¡Sí, déjame! —respondió Pheny sin molestarse en abrir la puerta ni siquiera acercarse a ella.

—¿Seguro que estás bien? —insistió Rose.

—Sí, déjame, ya bajaré más tarde.

Rose se encogió de hombros y se alejó de la puerta de la habitación.

—Nosotros, esta tarde, no tenemos mucho que hacer. Si quieres, podemos ir a ver a los pastores a ver qué les ocurre —propuso Morris a su tío.

—Bueno, pensaba ir yo, pero si queréis, os indicaré el camino con el que llegaréis sin problemas.

—Se lo diré a mis amigos.

Cuando Morris propuso el viaje hasta la casa de los pastores, Howard respondió que no tenía ganas de ir a ninguna parte. Ian se excusó diciendo:

Profiero quedarme, tengo que revisar unos apuntes. No me conviene suspender este año.

Morris, ya algo molesto, miró a Rose y a Carol y ambas aceptaron. Si estaban mucho tiempo quietas en un lugar, se aburrían y la tarde prometía hacerse demasiado larga.

Ian se quedó con la esperanza de que Pheny saliera de su habitación. Morris, al volante del jeep y tras seguir las indicaciones de su tío, emprendió la marcha acompañado de las dos chicas.

Cuando llevaban un rato circulando, se encontraron con el tronco que cruzaba el camino. En el suelo estaba el ciclomotor con la rueda delantera averiada, evidentemente a causa de haber chocado contra el tronco.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó Rose.

—Parece que aquí han chocado —dijo Morris que se había apeado.

—¿Hay alguien?

—No, no. Cargaré el ciclomotor en el jeep.

—¿Y el tronco? No podremos pasar —le objetó Carol.

—Lo apartaremos con el jeep.

Morris sujetó una cuerda al tronco y también al parachoques del vehículo. Hizo marcha atrás saliéndose del camino y arrastró el tronco, colocándolo de modo que no molestase para circular.

Luego llegaron a la casa de los pastores, una casa grande que en otros tiempos había sido granja, observaron una gran sensación de abandono.

Un ciclomotor estaba junto a la puerta y era lo único que allí indicaba vida, pues ni siquiera había gallinas, patos o perros sueltos como es normal encontrar en lugares como aquél estando habitados.

—Toca el claxon —indicó Carol.

Morris aceptó la sugerencia de la muchacha y tocó el claxon para que los hermanos salieran. Aguardaron tras dar largos y sonoros claxonazos, mas nadie salió a recibirles.

—Estarán durmiendo —observó Rose.

—Pues tendrán un sueño muy profundo para no oír la bocina —gruñó Morris saltando del jeep.

—¿Te acompaño?

—Bueno, daremos un vistazo por ahí dentro.

Rose bajó y Carol les siguió para no quedarse sola en el jeep. Se acercaron a la puerta de la casa que no sólo estaba abierta sino también desvencijada. Tenía una vieja aldaba y Morris llamó con ella.

—Huele mal aquí —observó Carol frunciendo su naricilla.

—Sí, no lo tienen, muy limpio —ratificó Morris.

Había una mesa sucia, llena de platos medio volcados.

—Qué asco —dijo Rose con un mohín de disgusto.

—¿Hay alguien por aquí? —llamó Morris a voces.

—Miremos la habitación —propuso Carol.

Fue Rose quien de súbito lanzó un grito que sonó en la casa como una cuchillada por lo agudo y penetrante.

—¡Rose! —gritó Carol. Morris corrió hacia ella.

—¿Qué pasa?

Rose se apartó a un lado de la puerta y se cubrió el rostro con espanto, dando rienda suelta a sus sollozos.

Morris se adentró en la estancia iluminada por media ventana, ya que el otro postigo estaba cerrado.

De una viga del techo colgaba un cuerpo humano. En el suelo había una silla caída y sus manos colgaban a lo largo del cuerpo que quedaba a poca distancia del piso, por lo que cabía pensar que se había suicidado.

Pero no era aquel cadáver sólo lo que había horrorizado a Rose, sino también el cuerpo que yacía sobre la cama, boca arriba, y cuyo rostro estaba machacado espantosamente como el de Lee.

—¡Por todos los santos! —rugió Morris saliendo de la habitación y cerrando la puerta sin tocar nada.

—¿Qué es lo que ha pasado? —balbució Carol, pálida ante el macabro descubrimiento.

—No lo sé. Es posible que el que está en la cama sea quien ha sufrido el tropiezo en el camino con el tronco. Se ha debido dar de cara contra una piedra o contra el mismo tronco y ha muerto. Su hermano lo habrá traído aquí; esos dos hombres estaban muy unidos y es posible que no se haya visto capaz de soportar la soledad que le esperaba y se ha colgado.

—Esto es horrible, es como si en este valle se hubieran desatado las fuerzas del mal.

—¿Qué dices, Carol?

—No sé, parece que aquí no ocurría nada, pero desde que hemos llegado nosotros ya ha habido tres muertos. ¿Quién será el próximo?

Profundamente impresionados, salieron al exterior. Era como si el hedor que había dentro de la casa hubiera aumentado de intensidad.

Carol se sentó en una piedra, sintiéndose marcada. Morris se preocupó por Rose que estaba como trastornada por lo que acababan de descubrir. La muerte, con su aspecto más feo, se había ofrecido despiadada ante sus ojos, a su sensibilidad.

El día fue cayendo, un día de finales de otoño en que las horas de sol se acortaban con rapidez.

El frío también se dejaba notar y todo invitaba a refugiarse en algún lugar con calor humano y calor de leña quemada en una chimenea.

—Se hace tarde, será mejor que regresemos. Tenemos que contarle a mi tío lo ocurrido, deberá venir otra vez la policía para ver lo sucedido.

—¿Llevas algo de bebida? —preguntó Rose casi suplicante.

—Sí, creo que llevo una botella.

Morris se apresuró a buscar la botella que estaba casi vacía. Carel y Rose se repartieron lo que quedaba de whisky y luego Morris, mirando la botella al trasluz, comprobó que estaba vacía, no quedaba ni una gota para su lengua y la arrojó lejos de sí.

—Vamos arriba.

Subieron al jeep y puso la llave en el contacto al tiempo que su pie izquierdo pisaba el embrague. Se disponía a colocar una marcha mientras el pedal derecho daba combustible al motor.

Se pudo oír un ruido fuerte y chirriante, un ruido largo que resultó eterno y luego no se oyó la explosión del motor al ponerse en marcha con una leve y continuada cadena de explosiones.

Morris insistió con la llave de contacto y la respuesta del motor fue la misma.

—¿Qué le pasará a este trasto? —gruñó Morris saltando al suelo.

Abrió la tapa del motor y comenzó a hacerle una inspección. Estuvo un par de minutos, aseguró los contactos, cerró la tapa dando un sonoro golpe y regresó al volante.

—¿Está bien?

—Parece que sí, quizá era algo que estaba flojo —respondió Morris quitándole importancia.

Volvió a girar la llave y la respuesta fue idéntica, sólo un ruido chirriante.

—¡Ponlo en marcha, Morris! —suplicó Rose.

—¿Y qué estoy tratando de hacer? —replicó molesto, maldiciendo por lo bajo. Volvió a apearse, levantó la tapa del motor y tocó con sus dedos varias piezas.

—Está caliente, está bien, no sé qué diablos le sucede.

—Tendrá combustible, ¿verdad? —preguntó Carol, al borde de la irritación. Morris miró el indicador del salpicadero y se quedó sorprendido.

—Pero, pero, si antes había en cantidad... ¡Es como si se hubiera evaporado! Rose sollozó más.

—¿Qué haremos ahora?

—No sé, hay como una hora de aquí a casa de mis tíos andando. En el

jeep, poco menos de un cuarto.

—Se está haciendo de noche y una hora caminando por el bosque... —se lamentó Carol.

—Bueno, si vamos aprisa... —Morris miró el cielo y pensó que en diez o quince minutos más ya seria de noche.

—Yo, yo no quiero ir de noche por el bosque y hace frío, —se quejó Rose.

—¿Y qué queréis que haga? —Chilló Morris—. No sé cómo ha pagado lo de! indicador de carburante, quizá se ha bloqueado. Es posible que falte engrase, ya sabéis que de este trasto se cuida Howard y no yo.

—¿Por qué en vez de dar tantas explicaciones no haces algo? —preguntó Carol que también había saltado del vehículo.

—¿Y qué podemos hacer? El jeep no andará y...

—¿Y no habrá combustible en la casa? —preguntó Rose.

—¿Combustible? Sólo el que quepa en uno de esos dele motores y sólo habría para llegar hasta el árbol más próximo. Es como darle comida de canario a un águila, no llegaría lejos.

—¿Y no hay forma de llamar?

—Esperad, se me ocurre una idea —dijo Morris yendo hacia la puerta de la casa.

—¿Qué vas a hacer?

—El ciclomotor. Es posible que funcione y con él podemos ir a casa de mis tíos y regresar luego aquí con la mula mecánica.

—¿Te vas a ir dejándonos solas? —se asustó Rose.

—Será por poco rato.

—Es que están ahí los cadáveres —protestó Rose.

—En ese velomotor no podemos ir dos, no llegaríamos lejos. Si tuviéramos que rodar por la carretera, aún me atrevería, pero por ese tortuoso camino el motor no podría con dos personas.

Montó en él quitándole el caballete de sostenimiento, pedaleó y lo puso en marcha.

Morris se había dado cuenta de que alargar la discusión no conducía a ninguna parte y lo que hacía falta era llegar cuanto antes a la granja de su tío y regresar con la mula mecánica que serviría para remolcar el jeep

Mientras la noche se les venía encima como si las cubriera con un manto oscuro y tupido que no dejaba pasar la luz. Rose Carol se quedaron solas.

Poco a poco, se amortiguó el estrépito del ciclomotor hasta que aquel ruido molesto e insultante para la quietud del bosque dejó de oírse.

—¿Qué hacemos ahora?

—Esperar —replicó Carol.

—Yo no entro en la casa estando los muertos ahí.

—Y yo tampoco.

—Tengo frío. Carol suspiró.

—Sera mejor que nos refugiemos dentro del jeep.

Ambas se acomodaron en el vehículo que tercamente se había negado a

ponerse en marcha y a sacarles de aquella casa grande y vieja que se desmoronaba piedra a piedra.

Cerraron las portezuelas y subieron los cristales, encerrándose dentro del jeep que no era ningún prodigio de comodidad, pero les ofrecía tranquilidad y un asiento amplio.

En pocos minutos les llegó la oscuridad tota!, ya que la luna grande y casi redonda no había salido al mismo tiempo que había llegado la noche.

—Tengo sed y me comería un sándwich —dijo Rose con inseguridad en su voz.

—Sí, comer calma los nervios —admitió Carol—, pero luego la comida se queda hecha una bola en el estómago y cuesta de digerir.

—Si por lo menos este cacharro tuviera radio.

—No la tiene y tampoco nos hemos traído el cassette con cintas musicales. Ha sido una pena, pero ¿quién podía imaginar lo que ha ocurrido?

—Lo que pasa es que Morris es estúpido, no teníamos que haber venido aquí.

—El lugar para volar no es malo, ya has visto el vuelo que ha conseguido Ian y yo misma he disfrutado con mi cometa.

—Yo también, pero es que estoy, estoy...

—Vamos, vamos, tranquilízate, los muertos no hacen nada.

Los minutos se fueron haciendo largos, demasiado largos. De pronto, se oyó el aullido de un lobo y Rose se sobresaltó.

—¡Un lobo!

—Mira, acaba de salir la luna por encima del bosque.

—¿Habrá muchos lobos? —inquirió Rose mirando a través del cristal parabrisas hacia la arboleda que no estaba muy lejos.

—No, no creo que haya muchos, no es lugar de lobos, sólo que está todo Ian solitario.

—¿Habrán olido a los muertos? Dicen que esos animales tienen un olfato muy agudo.

—No pasará nada, pronto estará aquí Morris con su tío.

—¿Pronto? Ya debería estar aquí.

Carol miró su reloj fosforescente y opino:

—No ha pasado mucho rato desde que se ha ido.

—No mientas, va tendría que estar aquí, ya tendría que estar aquí!

—Por favor. Rose, no le pongas histérica.

—¡Es que no me gusta quedarme dentro de este trasto que no se mueve, no me gusta, no me gusta! ¡Es horrible, cuando lleguemos a la caravana yo me vuelvo a la ciudad!

—Tranquilízate. Mañana, a pleno sol, verás las cosas de forma diferente. Lo que hemos descubierto ha sido horroroso, es cierto.

—Es que los dos cadáveres siguen dentro de la casa y estamos solas aquí...

—Lo dices como si de un momento a otro se fueran a levantar para venir a buscarnos.

—¡Allí, allí veo algo raro! ¡Carol, tengo miedo!

—Cállate, tonta —suplicó Carol tratando de sacar valor del interior de su cuerpo.

También ella tenía miedo aunque trataba desesperadamente de dominarlo. El miedo era contagioso, lo sabía, y Rose se lo estaba transmitiendo. Cuando se apoderase totalmente de ella, ya no habría quien les liberase de él a las dos juntas.

Acuciada por Rose, encendió las luces del jeep, pues la batería sí tenía energía y los haces de luz taladraron la primera barrera de árboles que componían el extenso bosque que las separaba de la granja de los Brennan.

—¡Mira, mira, allí, allí corre! —gritó Rose.

—Es un lobo —admitió Carol al tiempo que tocaba el claxon, no sabía si para asustar a la fiera, pura pedir auxilio o para mitigar el miedo que ya estaba dentro de ella, un miedo que la transmitían las manos crispadas de Rose agarradas a su brazo.

CAPITULO VIII

Se había internado en la casa de los Brennan, llegándose hasta la amplia cocina-comedor, pues era allí donde hacían toda la vida los granjeros. Se encontró con la mujer frente a una olla que humeaba y que olía a carne de cordero.

—¡Ah!

—No se asuste, soy Ian.

—Disculpe, muchacho, es que tengo los nervios alterados después de lo ocurrido con su amigo. Nunca había venido lanía policía por aquí, fue horrible.

—Sí, fue horrible.

—Percy está acabando de encerrar al ganado. ¿Quiere comer un poco?

—La verdad es que iba a negarme, pero tengo hambre y como las chicas no están.

—Ya me ha dicho Pheny que se han ido con Morris a la casa de los pastores. Es raro que no hayan venido hoy.

—No está muy lejos esa casa, ¿verdad?

—No. no está lejos, deben haberse entretenido o es que Morris no ha acertado a encontrar bien el camino. Mire, le serviré un plato con un cazo de este potaje y verá cómo le gusta..

Antes de que pudiera negarse, Ian se encontró frente a un plato de caldo hirviendo, cargado de carne, habichuelas y otros condimentos. Al alcance de su mano había pan hecho en la propia granja, un pan que olía agradablemente y un vaso lleno de vino espeso y rojo.

—Bueno, una cena así no se puede despreciar. Siempre cenan aquí los pastores, ¿verdad?

—Sí, son buenos chicos, callados pero buenos chicos.

Ian, un hombre joven y pletórico de salud, con un cuerpo atlético, no se hizo de rogar para comenzar a cenar.

—Ya empiezo a preocuparme por Morris.

—Ha dicho que esa casa no queda lejos, ¿no?

—Sí, pero el bosque de noche no es bueno y más desde que se ha liberado la hija del bosque.

—¿De veras cree usted en esa leyenda?

—Si dijera que no, mentiría. ¿Dónde, si no, está la escultura de la hija del bosque? Sé que usted ha ido y no la ha encontrado.

—Es verdad —aceptó Ian—. Y el caso es que desde arriba, volando, he creído verla.

—Dios todopoderoso, protégenos —musitó la mujer, estremeciéndose.

Ian miró de reojo a la granjera que invocaba la protección divina ante lo que creía diabólico.

—Hay mucha gente que cree en cosas extrañas, espíritus que se

reencarnan... Ella maldijo a los hombres del valle mientras la quemaban viva.

—Es una leyenda.

—Las cenizas quedaron bajo la estatua, era como si no pudiera levantarse de donde quedó, pero su amigo, al caer con esa cometa contra ella, la liberó y su espíritu anda suelto.

—¿Trata de decirme que esa estatua se ha vuelto de carne y hueso y anda vagando por el bosque? —se rió Ian, pero con un tono que no se hacía odioso.

—La juventud nunca toma nada en serio, pero cuando pasan los años y se vive más, se cree en lo que antes no se creía.

—¿Usted ha visto algo con sus propios ojos?

—Ese bosque está como maldito —insistió—. Han venido cazadores y han contado cosas raras.

—Alguno de esos cazadores podía haberse llevado la escultura, ¿no?

—La mayoría no se han tropezado con la hija del bosque. Es como si se escondiera, como si desorientara a los hombres. Los cazadores se van de aquí malhumorados, sus perros parecen perder el olfato. Dicen que ya no hay caza aquí, pero sí la hay, sólo que son los lobos quienes se la comen.

—¿Proliferan los lobos?

—No en exceso, pero hay que andar con cuidado. Sobre todo en tiempos tríos hay que cerrar bien los establos para que no maten a las ovejas. Parece como si existiera un pacto entre nosotros y los lobos; no los molestamos y ellos no nos molestan a nosotros, es como si lo hubieran entendido. Después de todo, tienen caza y no pasan hambre.

—¿Cómo está la cena? —preguntó el granjero entrando en la cocina.

—Bien, pero Morris no ha vuelto.

—Eso me ha parecido. ¿Qué puede haberles pasado?

—No es bueno que anden por el bosque de noche —insistió la señora Brennan mirando por la ventana.

—He visto que ese muchacho... ¿Cómo se llama?

—¿Se refiere a Howard? —dijo Ian.

—Sí, eso, Howard. Se ha metido en la caravana y creo que iba un poco bebido.

—Se siente un poco culpable. ¿Y Pheny?

—No ha salido de su cuarto —respondió la señora Brennan—. Creo que sería bueno que se la llevaran a la ciudad mañana mismo.

—Si Morris tarda, luego yo iré con mi moto a buscarles.

—¿De noche? —preguntó la granjera, asustada.

—Sí, no tema, llevo luz y todo —siguió bromeando Ian mientras consumía la cena cargada de calorías y proteínas.

—Puede perderse —le observó Percival Brennan.

—Usted me hace un planito y verá cómo no me pierdo.

—En realidad, se trata de atravesar el bosque; los pastores viven al otro lado.

—Estoy acostumbrado a rodar de noche.

Ian acabó de cenar y abandonó la cocina dando gracias a la señora Brennan que se sintió bien. Ella no había tenido hijos y, de tenerlos interiormente se había dicho que hubiera deseado que se parecieran a aquel joven alto y atlético, con buen humor y sin miedo a nada, un hombre capaz de volar como lo había hecho, elevándose hasta grandes alturas para luego acercarse a la cocina y dar cuenta de un buen plato de potaje.

Sabía cuál era la habitación de Pheny y subió a ella. Se encontró con la puerta cerrada y llamó con los nudillos.

—¡Pheny!

No obtuvo respuesta. Ian cogió el pomo, lo giró y la puerta cedió, encontrándose con una estancia vacía. Ya se percató de ello con la luz del pasillo; sin embargo, quiso asegurarse encendiendo la luz.

En la cama se notaban las huellas de haber yacido un cuerpo femenino.

Ian Freeman se acercó para tocar con su mano la cama; a través del calor quería comprobar si hacía rato que Pheny la había abandonado.

Notó una tiran frialdad, una frialdad que no sólo estaba en ti lecho sino en toda la habitación. Era una sensación gélida que se pegaba a la piel de las manos, a la piel del rostro, y era muy desagradable.

Miró hacia la ventana; estaba abierta y a través de ella penetraba la noche con sus estrellas, con su gran luna y hasta el aullido de un lobo lejano, muy lejano.

Salió de la habitación. Bajó la escalera y abandonó la casa dirigiéndose a la caravana de las muchachas. Sólo tuvo que girar cuarenta o cincuenta grados la manecilla para que la puerta se abriera y la roulotte sólo le ofreció soledad.

Allí no había nadie; sin embargo, se aseguró encendiendo la luz. La apagó de nuevo, cerró la puerta y se fue a la oirá caravana en la cual dormían los jóvenes.

La abrió y lo primero que escuchó fueron ronquidos de Howard. El remolque olía a alcohol; sin duda alguna, Howard había estado bebiendo. Se acerco a él y lo sacudió.

—Eh, eh, ¿qué pasa?

—¿Has visto a Pheny?

—¿Pheny, Pheny? —Se volvía a dormir.

—¡Espera, no te duermas, te pregunto si has visto a...!

—No, no la he visto. Déjame, déjame dormir.

Lo soltó, dejándolo tumbado, y salió de la caravana ahora estacionada en la granja de las Brennan.

Miró hacia la noche, preocupado. Pheny no aparecía por parte alguna. Los coches estaban allí a excepción del jeep, también estaba la moto. Pheny no podía haberse marchado. Regresó a la puerta de la casa, el frío se hacía más y más intenso.

—¿Han visto a Pheny? —preguntó al ver a los granjeros. Estos negaron con la cabeza y el Señor Brennan le dijo:

—Le he dibujado un pequeño plano. Es sencillo, sólo se trata de cruzar el

bosque por este camino que le he marcado, sólo hay dos cruces.

Ian tomó el burdo plano entre sus manos, le dio una ojeada y después dijo:

—No hay cuidado. Ahora veré qué les pasa a Morris y a las chicas.

—Es muy raro que se hayan retrasado tanto —observó Percival Brennan, más tranquilo que su mujer.

—Esperemos que no haya ocurrido ninguna desgracia.

—Bueno, me voy. Quizá se les ha estropeado el jeep y no sepan cómo arreglarlo, pueden necesitar ayuda.

—Si ha ocurrido algo, regrese pronto. Podríamos llevar la mula mecánica para remolcar el jeep.

—Sí, es buena idea. Hasta ahora.

La potente moto de trial rodó sobre la hierba buscando el camino del bosque.

El haz de luz de su faro se introducía en la espesura del bosque. El camino no resultaba difícil para aquella máquina de suspensiones especiales.

De pronto, apareciendo de súbito entre los árboles, Ian se vio frente a lo inesperado.

CAPITULO IX

Detuvo la moto a poca distancia de la joven que se hallaba frente a él en mitad del camino, iluminado por el casi plenilunio que se filtraba por entre los copudos árboles.

—¡Pheny!

Ella le sonrió, dejando que él se le acercara.

—¿Qué haces por el bosque de noche? —preguntó Ian.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿No me has preguntado tú a mí? —le respondió Pheny sonriente, casi juguetona, mostrando la doble hilera de sus dientes terriblemente blancos, enmarcados por unos labios oscuros, demasiado oscuros, quizá por el contraste de la piel blanca y muy pálida de la muchacha.

—Bueno, yo voy a la casa de los pastores —respondió el joven, desconcertado.

Pheny se apartó unos metros de él, como invitándole a seguirla. Ian, que aún se hallaba a horcajadas sobre la moto que seguía ronroneando, le preguntó:

—¿Vas a las roulottes?

—¿Por qué?

—Yo voy a la casa de los pastores.

—Sí, ya me lo has dicho... ¿Es que quieres que lo grabe en mi cabecita? Volvió a reír, alejándose unos metros más, casi provocándole.

—Espera.

Ian detuvo la motocicleta, bajó el caballete de sostén y la siguió.

—¿No te ibas?

—Supongo que no corre prisa, unos minutos no importan.

—Yo he visto a Morris.

—¿De veras?

—Sí, iba en un ciclomotor.

—¿Y adónde?

—Me ha dicho que a la granja de sus tíos.

—Qué extraño, yo no le he visto.

—Se ha ido por un atajo que él conoce.

—Claro, como él jugaba de pequeño por estos bosques los conocerá mucho mejor que yo.

—Creo que el jeep se había quedado sin combustible y él iba a buscarlo.

—Así se comprende. Era de esperar que hubiera ocurrido algo semejante, ahora ya está todo normal.

—Sí, todo normal —asintió Pheny alejándose cada vez más del camino.

Ian no pudo evitar dar una ojeada hacia donde había quedado su potente y estimada moto de trial.

—Y tú, ¿qué haces tan lejos de la granja de los Brennan?

—Pasear.

—Te has alejado mucho, ¿no?

—He salido a pasear y no me he dado cuenta de que me iba distanciando. He pasado todo el día encerrada en la habitación y deseaba estirar las piernas.

—¿Y por qué te has pasado el día encerrada?

Ella tardó en responder y adelantó unos pasos, casi correteó. Miró a Ian volviendo su cabeza como para comprobar que la seguía y se rió.

—Me dolía la cabeza.

—¿Y ahora?

—Ya no, soy feliz.

—¿Por qué?

—No sé.

La joven abrió los brazos, unos brazos que Ian descubrió entonces que estaban desnudos. Su ropa era escasa.

—Vas a coger frío.

—Yo no tengo frío.

—Diablos, pues lo hace.

—Estás débil, Ian, muy débil.

Volvió a reírse, provocativa, mientras se alejaba dando vueltas a los troncos de los árboles.

—Pues, no lo entiendo, será que debo estar haciendo la digestión. ¿De veras tú no tienes frío?

—No. Mira, mira cómo voy.

Abrió aquella especie de camisa que llevaba, sorprendiendo a Ian que pudo ver sus pechos hermosos y altos, tal como los había imaginado, va que sólo había podido ver sus formas moldeadas por fas ropas que siempre había usado.

Ahora era distinto, ahora los veía tal como eran en su atractiva desnudez. Dos rosetones provocativos conformaban los pezones erguidos y sensuales, pero el resto era todo muy pálido e Ian lo achacó a la luz lunar.

—Cogerás una pulmonía.

—¡Cobarde!

Ian se sintió excitado siguiendo a Pheny, era como si en aquellos momentos hubiera perdido su capacidad de razonar.

Pheny se le escapaba entre los árboles y él corrió tras ella hasta que llegaron al riachuelo que recorría y regaba el valle en el punto donde cruzaba por entre el espeso bosque.

El agua era rumorosa y agradable, la hierba suave.

Pheny se había tendido en el suelo boca arriba y el joven, al llegar junto a ella, se dejó caer clavando sus rodillas en el pasto, muy cerca de la muchacha.

—¿De veras no tienes frío? —preguntó Ian jadeante.

—No.

—¿Puedo, puedo...?

—¿Qué? —preguntó Pheny riéndose bajito.

—Tocarte.

—Claro.

Alargó su mano hasta el pecho de la mujer, acariciándolo con suavidad.

—Estás muy fría, tan fría como una estatua.

—En cambio, tu mano arde.

—Es mi sangre caliente.

—Desnúdate y verás cómo tú tampoco tienes trío.

Espoleado por la visión de los pechos desnudos de la mujer, Ian se desnudó hasta quedarse en slip.

—Pues sí hace frío, creo que van a castañetearme los dientes —advirtió.

—Eso es porque todavía no me has besado.

Ian se inclinó sobre Pheny y la besó en la boca. Encontró en los labios femeninos una dureza y una frialdad que le sorprendió, pero sólo fueron breves instantes porque sintió que las manos de ella le cogían por la cintura, obligándole a pegar su cuerpo contra el de ella.

Notó la dureza de los senos de Pheny contra su tórax y se produjo una reacción inesperada; Pheny dejó de ser ella, la temperatura aumentó en su cuerpo y sus labios se tornaron más blandos, más jugosos, fue como si toda ella ardiera. Era casi como tenderse sobre una larga ascua de fuego en la que deseaba quemarse.

—¿Qué es lo que te ocurre, Pheny, qué te pasa?

—Ámame, hazlo o te mataré, juro que te mataré —amenazó con voz sibilante.

Por unos instantes, Ian vio el brillo de los ojos de la joven y creyó que podía ser cierto; podía matarle y aquello avivó su excitación.

Todo estaba tan propicio que besándola, oprimiéndose contra ella, deslizó su hombría hacia el pubis de Pheny y las piernas de ella, lenta y suavemente, se separaron sin ofrecer resistencia.

* * *

Ian Freeman se vio volando, colgado de la cometa, por encima de las aguas oceánicas, azotado por vientos helados, mientras bajo sus pies aparecían montañas de hielo emergiendo de las aguas.

Buscaba algo y no sabía el qué.

De pronto, comenzó a perder altura. Hizo lo posible por elevarse, pero los vientos no le eran favorables y fue descendiendo. Comprendió que si caía a las aguas oceánicas no iba a salvarse.

A lo lejos, doliéndole los ojos de tanta luz, descubrió una gran masa gélida y se dijo que si lograba tomar tierra sobre ella, se salvaría.

Maniobró en su ala delta para conseguir llegar a los hielos sólidos, evitando caer al océano. Bruscamente, tiritando, se dio cuenta de que iba desnudo, ni siquiera llevaba botas de protección mientras la cometa descendía

como una mariposa gigantesca que perdiera su vida y su poder por momentos.

Al fin, sus pies tocaron el suelo helado y tuvo la impresión de que sus pies ardían. Tropezó y cayó, un golpe de viento le arrebató la cometa que pasó por encima de él, alejándose como un trapo inservible.

Ian miró sus manos ensangrentadas, se había cortado con los duros hielos.

De pronto, la plataforma sobre la que había conseguido posarse se inclinó y cavó entre otros hielos móviles.

—Dios mío, es un glaciar.

Se hundió en aquel maldito río de hielos que se deslizaban terriblemente lentos hacia las aguas oceánicas. Notó que el frío era tan intenso que sus músculos se tornaban carámbanos y no le obedecían. A cada movimiento, se hundía más y más entre los hielos rotos y blandos.

—¡¡Auxilio, socorro!! —gritó, en medio de aquel helor que lo aseguraba.

—¡¡Ian, Ian, Ian!! —llamó la voz en un ulular alargado, casi como el sonido del viento.

—¡Pheny!

—¡¡Ian, Ian!!

—¡Pheny, ayúdame, ayúdame! —le pidió sin poderse salvar por sí mismo del glaciar que lo engullía y lo arrastraba, matándolo de frío, apretando los bloques de hielo contra él, aplastándole el cuerpo.

Pheny apareció ante él en medio de una ráfaga de nieve; era como si nevara, o quizá el viento levantaba la nieve del suelo.

Pheny estaba cerca de él, mirándole con sus ojos fulgurantes y lo que antes había sido sol, ahora se hacía noche. La palidez de Pheny resplandecía más y más.

—¡Pheny, ayúdame, ayúdame, me hielo, me aplasto!

—No puedo, Ian, no puedo.

—¿Por qué?

—Porque soy una estatua, Ian.

—¿Una estatua, qué dices? ¡Ayúdame!

—Soy una estatua y me llamo Audrey...

—¡Pheny, Pheny, por Dios!

La figura femenina desapareció de su vista como disuelta totalmente en el aire en un abrir y cerrar de ojos.

Ian Freeman se hundió totalmente en el glaciar, incapaz de sostener por más tiempo y una frialdad torturadora le envolvió. Bajo los hielos tiritó mientras musitaba:

—Pheny, ayúdame, ayúdame

Se revolvió y dejó de ver blanco para ver penumbra, una penumbra que le hurtaba el color verde de las hojas rizadas de los robles y finas de las coníferas.

Se vio sentado sobre la hierba, desnudó y Solo. Le castañeteaban los dientes, todo él temblaba con violentos estremecimientos.

—Dios mío, ha sido una pesadilla. —gimió—. Estaba pasando frío

desnudo aquí, sobre la hierba, y he soñado con hielos que me congelaban.

El día despertaba en el bosque, un bosque que semejaba muerto porque no gorjeaban los pájaros en la aurora. Sólo se escuchaba el rumor del riachuelo que discurría cerca de donde él estaba.

Se puso en pie y comenzó a saltar para entrar en reacción y que su cuerpo desarrollara el calor suficiente para librarle de aquel intenso frío que se le había metido dentro.

—¡Pheny, Pheny! —gritó, como eclosionando su poder pulmonar. No hubo respuesta alguna a su llamada.

Tomó el slip y se lo calzó, ocultando y protegiendo su sexo. Se puso luego la camisa, los pantalones, los calcetines y la cazadora; sin embargo, el frío no se le iba, lo llevaba en el tuétano de sus huesos y en aquella terrible frialdad sintió como un ardor febril.

No había huella alguna de que allí hubiera estado alguien más. ¿Estaría loco, se habría dormido estúpidamente o era una realidad que había amado a Pheny sobre aquella hierba blanda?

No comprendía bien lo sucedido. Si Pheny había estado con él, ¿por qué le había dejado dormido allí, enfriándose en su desnudez, dónde estaba ella, es que ella no tenía frío?

Los pies le dolían al pisar el suelo y, pese a ello, empezó a hacer footing para entrar en calor. Necesitaba escupir por todos sus poros aquel frío que se le había metido dentro después de dormir varías horas desnudo durante la noche y en un bosque frío.

Llegó hasta el claro y quedó como atónito. Sobre el pedestal, ahora puesto en pie, estaba la escultura de la que tanto le habían hablado. Era la hija del bosque, no le cabía ninguna duda. Quizá, cuando la había buscado sin encontrarla, es que se había confundido de lugar.

Jadeante, se acercó a la estatua. Era la figura de una mujer joven y desnuda, cincelada en mármol, la figura de una mujer bellísima.

—Si es Pheny... —musito.

Y tuvo la impresión de que los ojos marmóreos le miraban. Instintivamente, se echó hacia atrás, como temiendo que ella pudiera alargar su blanco brazo y tocarle.

—No, no, estaré soñando...

Se alejó corriendo, sin dejar de castañetearle los dientes, con la desagradable sensación de helor metida en su cuerpo.

Después de correr mucho por el bosque, halló el Camino. Buscó las huellas de los tacos de su motocicleta de trial y las encontró. Siguiéndolas, llegó hasta la máquina. La puso en marcha y salió dando saltos.

No tardó en llegar a la granja de los Brennan, dirigiéndose rápidamente hacia la puerta delantera que estaba abierta. Bajó de la moto con la sensación de que todo él se helaba más y más por momentos.

—¡Muchacho! ¿Qué ha pasado? —preguntó la señora Brennan saliendo a su encuentro.

—Tengo frío, mucho frío...

Se tambaleó, era como si sus fuerzas sólo le hubieran permitido llegar hasta aquel lugar. La mirada se le enturbió y tuvo la impresión de que caía hacia un lugar muy profundo.

CAPITULO X

Ian Freeman abrió sus ojos con brusquedad, como si acabaran de ordenárselo. Los abrió de forma total, mirando hacia el techo porque se hallaba en una habitación en penumbra, de ambiente cálido y agradable. Estaba en la cama y solo. Oyó un cuchicheo junto a la puerta que permanecía entornada.

—¿Quién está ahí? —preguntó, sorprendiéndole el sonido de su propia voz. Era como si no hubiera salido de su garganta.

La puerta de madera maciza y oscura se abrió y aparecieran los granjeros. Ambos se mostraban sombríos; sin embargo, la señora Brennan iluminó su rostro al verlo despierto.

—¿Te encuentras ya bien, muchacho?

—Pues claro.

Se incorporó y sintió un mareo que se hizo ostensible. La señora Brennan corrió hacia él por un lado de la cama y su marido por el otro. Entre los dos le ayudaron a quedar de nuevo bien acostado y arropado bajo sábanas y mantas.

—No debes de moverle aún. Te traeré un caldo caliente un caldo de gallina.

—Ponle algo fuerte dentro, el muchacho lo necesita para recuperarse —dijo Percival Brennan.

—¿Qué me pasa, qué me ha ocurrido?

—Has estado enfermo.

—¿Enfermo? —Trató de recordar y se vio a sí mismo llegando a la granja en la moto—.

Si, recuerdo que tenía mucho frío... ¿Cuánto hace que me acostaron?

—Cinco días.

—¿Cinco días?

Ante la sorpresa de Ian, Percival Brennan ratificó con su cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, cinco días y sólo es el principio, claro que ha sido lo peor Has estado grave, ha sido pulmonía. Ahora, unos días de reposo y acabarás de ponerte bien. Eres joven y puedes salir de ésta, pero has estado muy cerca de la muerte. El doctor dijo que debiste pasar mucho frío.

—Sí, sí, pasé un frío horrible, lo recuerdo bien.

—Gracias a que el doctor sabía lo que se hacía y a tu cuerpo que estaba lleno de ansias de vivir. Ahora, a hacer bondad y en dos semanas serás el mismo de siempre.

—¿Dos semanas? ¡Si tengo mucho que hacer!

—¿Cosas que hacer? Oh, todo puede esperar —dijo en tono filosófico—. Si te levantaras y trataras de ir hacia la puerta, no llegarías hasta ella pese a que eres joven y fuerte Estás débil, el doctor ha tenido que llenarte de antibióticos y durante cinco días no has comido más que líquidos y en poca

cantidad. Ahora, a ser buen chico, es por tu bien.

—Aquí traigo el caldo... Hay trocitos de pollo dentro, creo que se los podrá tomar.

—La verdad, desde que me desmayé no me he enterado de nada.

—Has tenido muchas pesadillas, muchacho —suspiro la señora Brennan.

Una mirada de su maridó le hizo comprender que no debía hablar más al respecto.

—¿Y qué decía?

—Bah, durante las pesadillas febriles se dicen cosas que no tienen ilación. Anda, tómate el caldo —le pidió Percival Brennan mientras la mujer ponía la taza a su alcance.

Ian se incorporó un tanto. Era cierto que tenía una debilidad tan extrema que se mareaba con solo levantarse. Percival Brennan le ayudó e Ian se tragó el contenido de la taza que olía magníficamente.

—Es usted una cocinera estupenda, señora Brennan. Me habría gustado que cuando yo era niño usted fuera mi madre.

—Por favor, no digas eso. Tu madre debió de portarse bien.

—Mi madre siempre decía que estaba trabajando; la veta poco, era como una sombra delante de mí y como sombra desapareció.

—¿Murió?

—Me dijeron que fue un accidente de circulación, no la vi más, pero nunca me había preparado un caldo tan bueno como el que acabo de tomar.

—Lo que sucede es que eres muy atento, Ian, y le ganas en seguida a la gente. Percival Brennan, haciendo ademán de dirigirse a la puerta, opino:

—Será mejor que le dejemos dormir un poco más.

—No, no se vayan, por favor. Tendido no me mareo, ya he tomado alimento y ahora quisiera saber.

Los dos se pusieron serios de nuevo. Ian intuyó que una barreta se estaba levantando en aquellos momentos entre él y el matrimonio de granjeros, dos personas sencillas, poco habladoras pero muy atentas.

—Será mejor que duermas.

—¿Y Morris, Howard y las chicas?

—Se marcharon —dilo Brennan escuetamente.

—¿Que se marcharon?

—Sí —ratificó la mujer. E Ian tuvo la impresión de que mentía porque titubeaba mucho.

—Dijeron que no pedían estar más tiempo aquí —explicó Brennan.

—Qué raro, habíamos venido por una semana.

—Les dijimos que te cuidaríamos bien. Espero que haya sido así.

—Oh, sí, claro, sólo puedo darles agradecimiento.

—Ahora, descansa, es lo mejor que puedes hacer.

Ian se vio de nuevo recluido en la habitación. No había ninguna lámpara encendida, pero por la ventana entraba luz, filtrándose entre postigos y visillos. Era una luz escasa que no molestaba.

Trató de meditar en todo lo ocurrido, mas no acertó a coordinar adecuadamente sus recuerdos y, sin darse cuenta, se durmió.

Un clic le despertó. Abrió los ojos y vio que habían encendido la lámpara de la mesita de noche cuya bombilla estaba protegida por una pantalla. La ventana había sido cerrada totalmente.

—Vas a comer un poquito más ahora, ¿eh?

La señora Brennan estaba a su lado con una bandeja de madera en la que había un vaso de leche, un plato con carne asada y ya troceada, un tenedor, una montañita de zanahoria rayada y aliñada y unas cerezas confitadas que por su rojez y orillo semejaban grandes rubíes sin pulir.

—Dejaré el vaso sobre la mesita.

—Me va a ser difícil pagarle todo esto —le advirtió Ian.

—Conque te pongas bien será suficiente. ¿No ves que no tengo hijos? Soy una madre frustrada y tengo que hacer algo para sentirme madre. Ahora, a comer.

Ian dio rápida cuenta de los alimentos que le habían servido y se sintió mejor.

—Creo que en pocos días estaré perfectamente.

—Eso espero. Ahora, a dormir otra vez.

—Esto parece una cura de sueño.

—No es mala cosa.

—Un momento, por favor.

—¿Qué quieres ahora? —le preguntó como si tratara con un niño, bajando la voz como temiendo ser oída por su marido.

—¿Pheny también se marchó?

—¿ Pheny?

—Sí, la chica del cabello negro y los ojos verdes.

—Ah, sí. Se marcharon todas. Hale, hale, a dormir.

La señora Brennan cerró la puerta del cuarto e Ian no quedó muy satisfecho con la respuesta.

Tuvo la impresión de que volvía a amodorrarse, pero va con más tuerza en su cuerpo, con más calor en sus pies. Notaba que se iba recuperando, quizá eran los alimentos que le proporcionaba la señora Brennan.

—¡Ian, Ian!

Fue arrancado de su sueño reparador por una voz femenina que le llamaba. Miró a un lado y a otro; la estancia estaba a oscuras, no veía nada.

—¡Ian, Ian! —insistió la voz.

—¿Quién llama? —preguntó, haciendo un esfuerzo por incorporarse.

Tanteó basta encontrar la lamparita que casi volcó, la encendió y observó en derredor. Allí no había nadie, la puerta estaba cerrada y también la ventana con sus postigos

—Otra pesadilla —masculló.

—Ian...

No, no era una pesadilla, estaba bien despierto y había oído su nombre

claramente. La voz procedía de la ventana, lo que resultaba muy extraño, pues sabía que la habitación se hallaba en el piso de la casa y la ventana estaría como a cuatro metros del nivel del suelo por su lado exterior.

—¿Quién llama? —preguntó, sentado en la cama.

—Abre la ventana. Ian, ábrela.

Vaciló, se sentía muy débil. La pulmonía, la falta de alimento durante cinco días.. Se quedó quieto unos instantes, como buscando fuerzas; después se levantó y se acercó a la ventana.

—¿Estás ahí? —preguntó, tanteando los postigos.

—Sí, abre.

Ian abrió los postigos y al otro lado del cristal descubrió el rostro pálido, de espesa cabellera negra.

—¡Pheny!

—Ian, Ian, te amo, te amo.

—¿Qué haces ahí afuera? —preguntó desconcertado.

Pheny se hallaba sentada en el amplio alféizar de la ventana y vestía algo blanco, como una camisa.

El joven iba a abrir la ventana cuando la señora Brennan irrumpió en el dormitorio y al verle exclamó:

—¡Dios mío! ¿Qué vas a hacer?

Ian se volvió hacia ella para explicar:

—Voy a abrirle la ventana, quiere entrar.

—¿Quién quiere entrar? — preguntó la señora Brennan corriendo hacia él.

Ella. Ian señaló la ventana y al mirarla de nuevo, sólo vio la noche—. Estaba aquí, acabo de verla, me estaba llamando...

La mujer le hizo a un lado y se apresuró a cerrar los postigos.

—¿Querías enfriarte ahora que estás tan débil? Si recayeras, podrías morirte.

Como una madre enfadada, lo metió en la cama y lo arropó. Ian no ofreció resistencia porque se encontraba francamente débil.

—Pero ella está afuera... —insistió, como un niño cogido en falta.

—¡No vuelvas a pensar en ella!

—Es Pheny.

—¡No es Pheny!

—¿Cómo que no? Acabo de verla y no estaba soñando.

—Ella no es Pheny, es la hija del bosque. Se llama Audrey y si le abres la ventana, si la dejas entrar, te matará, seguro que te matará.

Ian parpadeó, incrédulo. La señora Brennan cerró la luz y salió del dormitorio como completamente segura de que él no la desobedecería.

Lo que no pudo evitar es que Ian comenzase a pensar en lo que acababan de decirle y que no alcanzaba a comprender.

¿Qué significaba todo lo que sucedía? Si Pheny se había marchado, ¿por qué aparecía en la ventana? El la había amado en el bosque: ¿por qué se había marchado, dejándole solo y desnudo?

No había respuesta para sus preguntas; sin embargo, había algo que encadenaba todos los sucesos y ese algo ora la frialdad. Pheny estaba muy fría y él se había enfriado tratando de hallar respuestas.

Comenzaba a amodorrarse cuando la voz femenina volvió a llamarle.

—¡Ian, Ian, Ian!

Se removió en la cama. Exhausto, hundiéndose poco a poco en las profundidades de los sueños reparadores, dijo:

—Déjame, déjame dormir.

CAPITULO XI

Quedó sorprendido al ver todo el suelo cubierto por una fina capa de nieve.

Había calvas en las que emergía la hierba, piedras que no habían sido cubiertas del todo o huellas de la mula mecánica del señor Brennan. La nieve casi había desaparecido dentro de los cercados donde se hallaban las ovejas.

El día era soleado aunque el sol brillaba triste, velado por una niebla alta y poco espesa.

Recibiendo el aire frío, efectuó varias flexiones como para mover bien todos sus miembros.

Se notaba débil pero tenía que hacer algo, algo que le sirviera para ponerse en forma. Se fijó en su moto de trial y la sacó del vestíbulo de la casa donde Percival Brennan la había colocado para protegerla.

Montó a horcajadas sobre la máquina y miró con cierta nostalgia hacia donde habían estado los coches y las caravanas. No había nada, ni siquiera las huellas de haber estado allí, ya que el delgado manto de nieve cubría el suelo.

Le dio con fuerza al pedal y hubo de hacerlo por tres veces. Era como si el frío le impidiera ponerse en marcha. A! fin, el ruido se hizo fuerte y la máquina adquirió un ligero temblor y también un calor que iba en grado ascendente, un calor como si la máquina tuviera vida propia y en realidad la tenía a causa de la gasolina que explosionaba dentro del motor.

Dio gas, puso la marcha y soltó el embrague. La máquina saltó hacia adelante con algo de brusquedad.

Ian se agarró con fuerza, pegó sus muslos y rodillas contra la máquina como si fuera un caballo o una mujer a la que estuviera amando y se dejó llevar por la embriaguez de la velocidad.

Los árboles semejaron moverse delante de él mientras la moto rebasaba fácilmente los socavones del camino. Se internó en el bosque y le agradó la frialdad que sentía en el rostro.

Se había mareado ligeramente; antes de montar en la moto de trial había creído que estaba más fuerte, pero sólo habían pasado unos pocos días desde el comienzo de su recuperación.

Debía haber permanecido otra semana en la cama, al cuidado de la atenta señora Brennan, pero se negaba a quedarse dentro de la cama y había preferido salir sin decir nada. Tampoco había visto al matrimonio Brennan; sólo había oído ladrar a los perros y balar a las ovejas que no habían salido del establo aquel día.

La espesura del bosque era surcada por aquel camino en el que descubrió huellas de un pequeño tractor.

Temía que, de un instante a otro, fuera a dar con su cuerpo contra el suelo, recibiendo una dolorosa costalada o partiéndose la cabeza, ya que no había cogido el casco protector.

En realidad, se estaba arriesgando innecesariamente, cuando él, siempre

que practicaba deportes, tomaba todas las precauciones.

En aquellos instantes, más que rodar, cabalgaba por el bosque sobre su potente y ruidosa máquina de trial. Se sentía corno ebrio y, en ocasiones, un rápido quiebro moviendo el manillar, le salvaba de estrellarse contra uno de los troncos.

Casi sin darse cuenta de que el tiempo transcurría, atravesó el bosque con su máquina y al seguir el camino, se vio delante de una casa vieja y ruinosa, de aspecto abandonado, una casa donde ni siquiera ladraban los perros, pero allí estaba la mula mecánica de los

Brennan. Petardeaba, estaba en marcha, lo que hizo que el ruido de la propia moto no se oyera con claridad.

Detuvo la motocicleta, se apeó de ella. Después, se acercó a la casa caminando. Al entrar en la vivienda, olió fuertemente a gasoil, lo que le extrañó.

En una habitación, junto a la amplia cocina-comedor, descubrió unos bultos en el suelo, tan empapados de gasoil que el líquido se podía ver claramente en el suelo.

Extrañado, se acercó a los cuerpos pisando el apestoso gasoil. Las mantas cubrían cuerpos humanos, no cabía duda.

Con algo de temor, levantó una de las mantas y descubrió un cadáver que apestaba, un cadáver cuyo olor no se podía soportar. Era uno de los pastores. Ian volvió a cubrirlo y destapó otro de los bultos.

—¡Dios! —exclamó.

Era el otro pastor, pero con la cara machacada y ennegrecida. Volvió a cubrirlo y se acercó al tercer bulto.

Se quedó que no sabía si estaba viviendo una pesadilla o era cierto lo que sus ojos veían.

—¡Rose!

Era Rose, toda despedazada, se notaban huellas de colmillos en su cuerpo. La tapó rápidamente y levantó la otra manta, encontrándose con los despojos de Carol.

No podía dar crédito a lo que estaba descubriendo. El siguiente bulto de aquel macabro hallazgo resultó Howard, no le cabía duda. Por último, descubrió la sexta manta, empapada de gasoil como todas las demás.

—¡¡Morris!!

Se echó hacia atrás y salió de la casa tambaleándose, no sabía si por debilidad o por náuseas. Quiso vomitar, nada había en su estómago y tosió.

De pronto, a lo lejos, junto a la puerta de un amplio establo, descubrió a Percival Brennan y levantó su mano para llamarle la atención.

—¡Eh!

El señor Brennan pareció muy disgustado. Ian, tambaleante, corrió hacia él antes de que pudiera conseguirlo.

—¿Qué ha pasado, qué ha sido esto? ¡Explíquese!

—Tranquilo, muchacho, tú has escapado, pero..

—¿Que ha pasado con los demás que hay en la casa?

—La verdad, hubiera preferido que no los descubrieras.

—¿Qué ha pasado? ¡Explíquese de una condenada vez!

—No lo entenderás.

—¡Quiero entenderlo! —gritó.

Dio un empujón a la puerta y dentro del establo descubrió los coches, el jeep y las roulottes.

—¡Aguarda!

—¿Que aguarde? ¡Usted dijo que se habían marchado y están todos muertos, todos menos Pheny! ¿Dónde está Pheny?

—Muchacho, sal de ahí, luego te explicaré.

—¡Explíquese ahora mismo! —exigió a gritos.

—Ha sido la hija del bosque. Ella machaca la cara a todos los hombres que encuentra en el bosque durante la noche, la leyenda es cierta.

—¿Y las chicas?

—Ellas fueron atacadas por los lobos. Quisieron regresar a la granja a pie y los lobos las atacaron. No suele ocurrir pero, desgraciadamente, en esta ocasión ocurrió.

—¿Y Pheny, dónde está .Pheny? ¿También despedazada?

—No, no sigas.

Brennan no pudo impedir que Ian se abalanzara sobre una de las roulottes. La abrió y dentro, sobre una de las literas, descubrió un cuerpo.

—¡Pheny!

—¡Déjala, no te acerques! —le gritó Brennan.

—¿Qué le sucede a Pheny? ¡Ella está viva, viva!

A su alrededor, todo apestaba a gasoil. La caravana había sido regada generosamente, el suelo estaba empapado de carburante. Era como si el granjero hubiera desparramado por allí más de media tonelada de líquido inflamable.

—¡Pheny, Pheny, despierta!

El granjero le cogió por un brazo y lo sacó del remolque. Ian se revolvió, dándole un puñetazo en el pecho, pero el granjero, aunque tenía mucha más edad, estaba más entero que Ian que se hallaba muy débil y le replicó con dos puñetazos que dieron con Ian en el suelo.

—Muchacho —jadeó—, tu Pheny, la Pheny que duerme ahí dentro, es la hija del bosque.

El joven sacudió la cabeza negativamente.

—¡Usted está loco!

—No. muchacho. El espíritu de Audrey, la hija del bosque, se ha apoderado del cuerpo de Pheny y va no es Pheny sino Audrey, una asesina, ella ha matado a los demás. Ahora, durante el día, descansa. Hay que quemar todo esto, hay que reducirla de nuevo a cenizas, hay que impedir que esa asesina tenga otro cuerpo.

—¡No le creo!

—¿No me crees? Pues, tócala y verás cómo tiene la frialdad del mármol. Sólo arrancaremos el espíritu de la hija del bosque quemándola. Sé que tenía que haber avisado a la policía, pero ¿qué habríamos conseguido? No lo hubieran creído.

Brennan encendió su mechero y lo acercó a un tablón de madera empapado también en gasoil. Tardó unos segundos en encenderse, pero cuando lo hizo, el fuego se extendió.

—¡Vamos fuera!

—¡No, no puede dejar que se queme, no puede quemarla viva! —chilló Ian.

Cuando ya el fuego se hacía terriblemente peligroso, pues se extendía por todas partes, Brennan mascullo:

—Perdona, muchacho.

Ian Freeman recibió un puñetazo que lo tumbó cuan largo era. El granjero lo cogió por las axilas y lo arrastró fuera del establo que se convirtió en una gigantesca hoguera.

Cuando consideró que lo había dejado a salvo sobre la ligera capa de nieve, Brennan se alejó hacia la casa.

Cuando Ian Freeman se recuperó, el establo era ya una hoguera gigantesca.

El techo se derrumbaba y las llamas brotaban por el despidiendo un humo espesó y maloliente. Por entre medio del crepitar de las llamas, se escucharon unos gritos agudos de mujer, unos gritos que penetraron en el cráneo de Ian, torturándole.

No pudiendo resistir más, se levantó y corrió hacia la puerta. Mas por la boca del establo brotaron grandes llamaradas que le hicieron retroceder mientras dentro continuaban los chillidos que de pronto se transformaron en palabras.

—¡Malditos, malditos hombres, malditos! ¡Os juro que me vengare!

Todo el techo se derrumbó y los chillidos y las voces dejaron de oírse mientras todo ardía, incluso se produjeron pequeñas explosiones.

Ian retrocedió aturdido y entonces vio que la casa también ardía. Percival Brennan estaba incinerando los cadáveres.

—¡Basta, basta!

—Muchacho, compréndelo, no se podía hacer otra cosa. Cuando todo sean cenizas, con una pala mecánica barreré estos restos para que nadie los encuentre jamás. Hay que olvidar lo ocurrido.

Dejando atrás aquellas hogueras y a Brennan frente a ellas, contemplando su obra, saltó sobre la molo. La puso en marcha y se alejó, sintiéndose más marcado que antes.

El cielo azul se tenía con el espeso humo.

Se internó en el bosque saliéndose del camino y rodó por él brincando con la máquina de trial hasta que con siguió llegar al ciato donde estaba la estatua de la hija del bosque.

Tuvo la impresión de que los ojos de la estatua le miraban con odio; sin

embargo, era mármol, toda ella era mármol.

—¡Maldita, maldita! —rugió Ian.

Buscó piedras y se las arrojó al rostro, destrozándoselo al lapidarlo. Y tuvo la impresión de que una carcajada femenina flotaba por el ámbito del bosque.

No comprendía nada, no podía entender algo que resultaba tan fantástico...

Hubiera deseado tener un martillo de picapedrero para reducir a polvo aquella figura, mas hubo de conformarse con deshacerle el rostro.

En la última pedrada, la escultura cayó hacia atrás y se rompió. Ian se acercó a ella, cogió el pedestal y lo levantó, colocándolo justo donde estuviera originalmente, como si con esta acción tapara la boca por la que podía surgir el espíritu de la hija del bosque, emergiendo de las cenizas que habían reposado allí durante siglos.

Expulsó el aire de sus pulmones con fuerza y regresó junto a su moto. Ruidosamente, se alejó de aquel paraje donde ni los pájaros cantaban.

Ian no quería pensar, se filtraba con su máquina entre los árboles hasta que llegó a la granja.

La señora Brennan le esperaba en la puerta con los brazos abiertos y el rostro sereno.

—Por favor, por favor —suplicó Ian dejando caer la máquina al suelo sin parar su motor—. Explíqueme, explíqueme lo que ha pasado, no entiendo nada.

—Aunque te lo explicara, no lo comprenderías. —Lo cogió como si fuera su hijo y le pidió—: Anda, ven conmigo adentro. Has de comer y ponerte fuerte para poder olvidar.

—Creo que jamás podré olvidar —musitó, sabiendo que jamás encontraría una explicación razonable para todo lo ocurrido, especialmente por qué la hija del bosque no le había asesinado también a él cuando tuvo la oportunidad de hacerlo en el bosque.

Como si la señora Brennan captara sus pensamientos, dijo:

—Ella te amaba, pero al final también te hubiera matado como a los demás.

—Pero ¿quién me amaba, Pheny o la hija del bosque?

No huno respuesta para Ian que estaba cansado, muy cansado y sólo deseaba dormir.

FIN